Por los Caminos de mi Infancia



Gustavo Carmona González

3da Edición - 2011

Titulo:
Por los Caminos de mi Infancia
I.S.B.N. 978-958-44-6154-4

Foto de la portada:
Cortesía de mi sobrino José Omar Zúñiga Carmona
Sitio: Vereda Calimita en Restrepo Valle,
Camino a "Campo Alegre" (la finca de los abuelos)

Fotografías: archivo familiar de:
Edilma González Arias - mi tía (q.e.p.d.)
Edilia Carmona González
Gustavo Carmona González

Diseño de cubierta:
Viviana María Rojas - César A. González

Diagramación: Compucopiamos Ltda. - Tarjetas y Tarjetas
Impresión: Tarjetas y Tarjetas Palmira.

C O N T E N I D O

PAGINAS

A la memoria de
Mis Abuelos,
Padres
Y Tíos.

A mi esposa Alejandra
A mi hija Laura Alejandra

A mis hermanos:
Edilia, Ramiro,
LuzMila (q.e.p.d),
Javier, Noralba y Dairo,
a mis sobrinos y a los hijos
de mis sobrinos.

El poder de los recuerdos
traspasan las fronteras,
acercan lejanías
y reviven sentimientos.
Y entre páginas, letras, fotos,
sueños y evocaciones,
recorremos los caminos
de los días que se fueron.

Gustavo

Cuando los años pasan,
No es más que el tiempo
que se va transformando
en la experiencia que da la vida
y que nos permite
posarnos plácidamente
en la cima de nuestra existencia
para darle gracias a Dios
por la satisfacción
de haber vivido plenamente
mis primeros 50 años.

Gustavo

AGRADECIMIENTO ESPECIAL

Al Doctor

RAÚL ALFREDO ARBOLEDA MÁRQUEZ
Alcalde de Palmira
2008 - 2011

Por hacer posible mediante su apoyo,
la realización de este proyecto cultural.

Mil y mil gracias...

Gustavo Carmona González

PROLOGO ..

Siendo la vida, como es, una sola, considero que lo mejor será saber aprovechar al máximo nuestro potencial humano, haciendo perdurar en el recuerdo épocas vividas, y qué mejor que hacerlo a través de la palabra escrita.

Y eso es precisamente lo que ha querido hacer Gustavo Carmona González, cundinamarqués de nacimiento, quien es ya, un palmirano de pura cepa, gracias a esta hermosa tierra que supo acoger a su familia brindándole como a otras tantas, calor humano y afecto, adoptándolo como hijo.

Gustavo Carmona González, sintió en su corazón narrar de manera clara y sencilla, algunos de los sucesos e insucesos transcurridos durante su niñez y parte de su juventud.

Es así como nace "Por los Caminos de mi Infancia," un libro con la pretensión sana de tratar de mantener vivos los recuerdos y pormenores acontecidos, tal vez con la diferencia de otras personas al haber disfrutado de la felicidad que produce el vivir en el campo, y de algunas de sus peripecias, que no llegan a opacar en ningún momento el gozar de la plena libertad al aire puro sin las complicaciones que ocasionan, de alguna forma, las técnicas del mundo moderno.

En"Por los Caminos de mi Infancia,"se puede conocer y resumir la personalidad de Gustavo Carmona González: Corazón grande y generoso, amigo de sus amigos, inquieto por la poesía, amante de las Bellas Artes y gran conocedor de la música colombiana.

Felicitaciones, Gustavo, por su libro " Por los Caminos de mi Infancia;"usted ha recorrido desde su niñez esos caminos que lo llevan a evocar- recordando, como nos puede suceder a muchos, situaciones llenas a veces de felicidad entrelazadas con el llanto, la impotencia o la desesperación y angustia.

Este libro que disfrutarán especialmente sus familiares, también, estoy seguro, será del agrado de quienes siendo amigos, o no, encontrarán situaciones divertidas y conocerán algunas de las dificultades ocasionadas por falta de dinero o verse abocados a tener que"colarse"en el baño de un tren para poder viajar, o suplicar un transporte en bus para llegar a su destino.

Gustavo Carmona González, tiene ahora otro motivo para agradecer al Todopoderoso: La realización de un nuevo sueño. "Por los Caminos de mi Infancia," que con toda seguridad quedará grabado en la mente de cada lector, reconociendo su valor intelectual y la grata satisfacción de contar en un futuro con un nuevo prospecto de las letras colombianas.

Esaú López Bermúdez

AMIGO LECTOR:

He querido hacer estas remembranzas de épocas que han quedado grabadas en lo más profundo de mi ser, recordando familiares y personas que han sido parte de mi vida, algunas ya partieron pero quedan en mi memoria las mejores vivencias a su lado, y otras que afortunadamente están aquí y sé que puedo contar con ellas. Hechos que, vistos desde la altura de mis años, cuando contemplo lejanos aquellos días de mi niñez traviesa, los considero dignos de evocar y de compartir con mis lectores.

Reminiscencias de mis abuelos y padres en los años de mi infancia humilde, pero feliz y el recuerdos de mi transcurrir por aquel pueblo de mis ancestros: Restrepo. En mi memoria está Calima El Darién, donde igualmente mis vivencias transcurrieron en medio de días plenos, municipios anclados en las cordilleras del lindo Departamento de nuestroValle del Cauca, Colombia.

En este recorrido en mi memoria, siento la sensación fantástica de hallarme en los mismos lugares donde estuve en aquellas épocas y de sentirlos tal cual como los viví, invitando a quienes me acompañaron en estas vivencias a que nos transportemos imaginariamente a través de estas líneas, a esos sitios y sintamos nuevamente la presencia de los seres queridos que llevamos en lo más profundo de nuestro ser como recuerdo perenne de su existencia impregnada en la nuestra.

Encontrarán una narración sencilla donde cada palabra guarda el sentimiento represado de ilusiones, cariños desmedidos y alegrías encerradas en vivencias que hoy esparzo en cada línea, impregnándolos del transcurrir de mis días en aquellas gratas épocas.

Aunque algunas narraciones se tornen un poco duras por situaciones difíciles vividas en mi infancia, he querido plasmarlas porque igualmente forman parte de mis gratos recuerdos y doy gracias a Dios por habérmelas permitido vivir, al sentir hoy que también fue un aporte muy valioso en mi formación como persona.

Estas vivencias, para muchos probablemente tienen similitud a las suyas por haber tenido tal vez el privilegio de disfrutar de la compañía y de los afectos de sus abuelos, permitiéndose vivir días de inmensa alegría y esparcimiento en los verdes campos y pueblos de sus ancestros.

El Autor

MIS ANCENTROS

En esta fría mañana del mes abril, me invade un gran sentimiento de nostalgia, de aburrimiento y melancolía, pero no es por algo en especial, será tal vez porque el día está gris y con amenaza de lluvia, me tomo un poco de café, me siento frente al computador sin nada en mente y mientras éste enciende, miro la pared del cuarto al cual le llamamos "la oficina", por estar allí, además del computador, el escritorio, la biblioteca, el equipo de sonido, varios cuadros colgados, mi colección de música en discos de larga duración, casetes y cds, mi guitarra, el carriel de mi abuelo que conservo como mi mejor trofeo.

Observo detalladamente los cuadros en estilo retablo donde están: En el primero; mi mamá Clementina González con mi papá Pedro Antonio Carmona, y mi hermana Noralba, en la época vivida en Bogotá.



Papá y mamá con Noralba

En el segundo retablo, posiblemente en Restrepo, en la vereda "Calimita", aparecen: Mis abuelos Victoriana Arias y Juvenal González, rodeados de sus hijos en su juventud (mis tíos): Antonio, Romelia, Marino, Gilberto, Edilma y mamá. Observando esta foto, siento ensancharse el alma de emoción porque ella encierra toda una historia de nuestros antepasados de la que se desprenden varias generaciones. y mi hermana Noralba, en la época vivida en Bogotá.



Mis abuelos con los tíos

Mis abuelos, mamá y la mayoría de mis tíos hace años partieron, quedando Marino y Romelia, de los que conservo gratos recuerdos de aquellos tiempos.

¿Y qué decir de mamá? Naturalmente Edilia, por ser la mayor de los hijos, pudo compartir a su lado tantas vivencias, alegrías, sinsabores y trabajos para salir adelante, ella que fue testigo de cómo nuestros padres se esforzaron por darnos una buena crianza y ejemplo para nuestra formación.

Lastimosamente papá se quedó a mitad del camino, pues su vida no le alcanzó para ver crecer a sus hijos menores, privándonos de compartir con él sus enseñanzas y juegos.

Sólo me queda un vago recuerdo allá en Restrepo, cuando algunas veces de su mano nos llevaba a una plácida caminata para visitar

un monumento de la Virgen, que había en la carretera que conduce a laVereda San Pablo, donde llegábamos muy cansados, postrándose él con gran devoción, mientras nosotros muy cerca contestábamos en nuestro poco vocabulario las oraciones que escasamente sabíamos, sentándonos luego a un lado del camino cerca de un riachuelo para refrescarnos y consumir la merienda que mamá nos había preparado para la caminata.

Relativamente fueron pocas las vivencias a su lado debido a su temprana partida, dejándonos huérfanos de su calor y su afecto. Gracias a Dios, quedó mamá con los hijos mayores: Edilia, Luzmila, Ramiro y Javier, junto a los menores: Noralba, Gustavo, Dairo y Deisy. Ella con la ayuda de los hijos mayores siempre procuró que no nos faltase nada, desde luego, dentro de las limitaciones económicas tratando que la ausencia de papá se hiciera, en lo posible, más liviana.

Mamá siguió abrigándonos por muchos años más, con su maternal cariño, guiándonos de su mano protectora, procurando que el transcurrir de los días siguiese de la mejor manera. Aunque el destino le tenía deparado un nuevo golpe, pues Deisy nuestra hermana menor, fallece poco tiempo después, lo que representó para todos un inmenso dolor que perduró por años y marcó mucho a mamá, pues siempre la vimos recordando a su bebé con mucha tristeza, aunque no sé si era por consolarnos o si en realidad lo pensaba, ella siempre nos dijo que Deisy se fue siendo un angelito y que desde el cielo nos estaba acompañando al igual que papá.



"CAMPO ALEGRE"

LA FINCA DE LOS ABUELOS

Recuerdo entre otros, las largas caminatas que hacíamos con mamá desde el pueblo (Restrepo Valle), hasta "Calimita", Vereda donde aún hoy permanece la finca que fuera de los abuelos: "Campo Alegre".

Para esa larga caminata preparábamos en la casa de mi tía Romelia, ubicada en el pueblo, todo lo necesario: Sombrillas, sombreros, sacos o ruanas para protegernos de los fuertes vientos y de las lluvias repentinas, sin que faltara una que otra golosina y como siempre nuestra caja de cartón con la ropa para pasar allí las gratas temporadas.

Salíamos bien temprano en medio del entusiasmo, de la mano de mamá, quien a lo largo del camino nos contaba historias vividas en su época de muchacha, su transcurrir en la finca, la

ida al pueblo los días domingos para asistir a misa, generalmente a la denominada "misa de gallo", a las diez de la mañana. Igualmente nos narraba sobre los dispendiosos caminos de herradura que tenían que transitar para llegar a la Escuela, naturalmente diferentes a las carreteras de ahora.

Nos decía también, que en épocas de lluvia se tornaban esos caminos muy difíciles de transitar pues tenían que usar largas botas de caucho, pero además debían llevar otro par de zapatos y otra muda de ropa, pues generalmente llegaban a la Escuela embarrados y mojados, así mismo nos contaba sobre los diversos oficios que les tocaba realizar desde muy tempranas horas del día, las limitaciones comunes del campo y en fin, su cotidianidad al lado de sus padres y hermanos desde su infancia y adolescencia.

En cuanto a nuestra caminata, ya dejando el pueblo atrás, nos gustaba adelantarnos y adentrarnos en los cafetales a coger guamas, guayabas y zapotes que comíamos hasta saciarnos.

Llegando al crucero donde hoy existe una caseta, esperábamos a los mayores para preguntarles si nos iríamos por el "alto" o por "debajo," que consistía en lo siguiente: Si era por debajo tomaríamos un camino estrecho y más largo para llegar a la finca, agradándonos ese recorrido por el placer de cruzar el río una y otra vez sobre el puente de guadua que sincronizadamente se mecía a nuestro paso.



Puente colgante de guadua

En algunas ocasiones, merodeábamos por la orilla del río, tratando de atrapar con la mano o con algún recipiente pequeños pececillos, cosa que algunas veces nos resultaba caro, pues perdíamos el equilibrio, cayendo al agua, quedando completamente empapados, situación ésta que contrariaba mucho a mamá pues algunas veces no llevábamos ropa para cambiarnos, teniendo que llegar a la finca de los abuelos embarrados de pies a cabeza.



Iglesia de Restrepo

Habiendo mencionado lo que era ir por "debajo," narraré lo que era hacerlo por "encima". Continuando desde el crucero antes mencionado por la carretera amplia y empedrada que venía del pueblo, llegábamos al sitio que conocíamos como la finca del Padre Zuluaga, propiedad de un sacerdote, hoy fallecido y muy recordado en el pueblo por sus buenas obras en la Parroquia, padre con quien estuvo trabajando mi hermano Javier en calidad de acólito, lo mismo que mi cuñado Omar, como conductor de su "carriolita" reconocida por todos los habitantes del pueblo por su característico color verde.

Desde ese punto se divisaba la panorámica del Pueblo.

La Hacienda tenía una linda casa rodeada de amplios corredores, su entorno eran hermosos paisajes montañosos, cafetales, guaduales y extensos potreros con ganado.

Dejando atrás esta propiedad, continuábamos por la amplia carretera que regularmente era transitada, por ella se llegaba a muchas Veredas. Como siempre, los pequeños tomábamos un sendero alterno, cerca de las alambradas que delimitaban aquellos grandes potreros y cafetales. Nos gustaba escudriñar las guaduas que tenían huecos donde se anidaban loros o azulejos; algunas veces al tratar de atrapar los indefensos animalitos, nos llevábamos fuertes picotazos de los padres que valerosamente defendían a sus crías.

Después de una larga caminata llegábamos a un crucero que siempre vimos como punto de referencia para saber que allí dejaríamos la carretera para adentrarnos a un extenso potrero de un bien cuidado pasto.

Muchas veces luchando contra el viento que arrasaba con fuerza, descendíamos por un estrecho camino, sin quitar la vista del ganado que tranquilamente pastaba cerca, la mayoría de las veces inofensivos y mansos, pero hubo ocasiones que debíamos correr por que algún toro o novillo se nos venía encima, y no faltó el perro bravo que aparecía de un momento a otro, pero luego de superar el susto, debido al riesgo que corríamos en nuestra integridad física, se convertía en motivo de risas y bromas.

A un lado se divisaba una imponente casa de dos plantas, de chambranas en madera de llamativos colores, en donde por

alguna ocasión estuvo viviendo durante una corta temporada doña Tulia Cuesta, prima hermana de mamá, por lo que algunas veces antes de continuar por el angosto camino que nos conducía a retomar la estrecha y deteriorada carretera que habíamos dejado al pasar el crucero, nos acercábamos a darles un "saludito" que algunas veces se prolongaba en gran parte de la mañana o de la tarde. Los pequeños aprovechábamos para jugar por las inmensas llanuras que circundaban la casa y en algunas ocasiones montábamos a caballo.

Al reanudar nuestro camino hacia la finca de los abuelos, después de atravesar un río con puente de guadua más pequeño que el anterior, y que conducía a la angosta carretera que habíamos dejado al decidir continuar por "encima".

En cada visita que normalmente era cada año en época de vacaciones, generalmente encontrábamos alguna nueva casa que habían hecho de barro, a orillas del camino, así como otras modernas de tipo chalet con piscina rodeada de grandes potreros; así poco a poco ante la llegada de nuevos propietarios se fueron convirtiendo las tierras de la vereda "Calimita" en una privilegiada zona veraniega.



Quiebra- patas camino a "Campo Alegre"

Al comenzar esta caminata, anhelábamos llegar prontamente un sitio al que arribábamos después de lograr con algunas peripecias atravesar quiebra-patas que sería el primero de los dos que encontraríamos a lo largo del camino, posteriormente entre todos con gran esfuerzo abríamos la pesada puerta de golpe que por años permaneció en ese sitio; una vez allí, se abría la espesa vegetación que habíamos encontrado a la vera del camino, y repentinamente aparecía ante nuestros ojos un lindo paisaje, acentuando más nuestro júbilo, paisaje que nos refrescaba la vista llenándonos de admiración ante la belleza de la naturaleza. Este sitio era una especie de campo abierto donde se divisaban potreros con ganado y árboles frutales. Llegar allí era como encontrar un remanso, por la tranquilidad

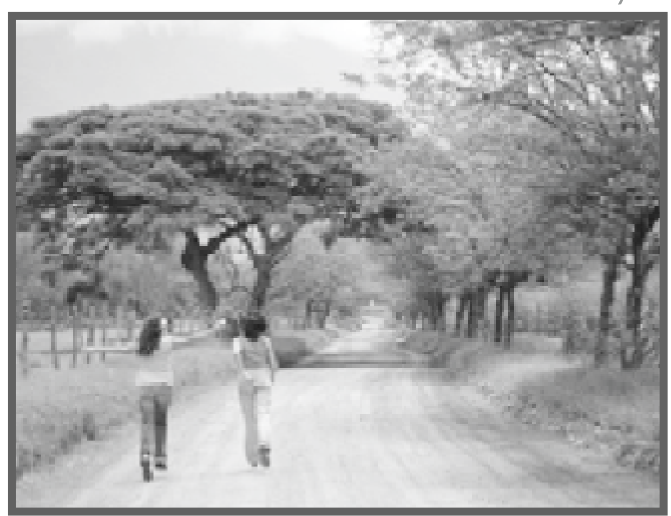
y frescura que nos ofrecía el paisaje debido a los fuertes vientos encontrados.

Emocionados corríamos a encumbrarnos por las extensas montañas que nacían en ese sitio y que circundaban el resto del trayecto de la carretera. Mamá y los acompañantes mayores continuaban por el camino adentrados en sus largas charlas, viéndonos corretear por aquel estrecho camino en la cima de la montaña, subiéndonos a los guayabos y naranjos, haciendo mecer sus ramas para que los frutos cayeran, los cuales comíamos hasta saciarnos y llevábamos en nuestras mochilas y bolsillos, con la idea de comerlos más tarde.



CAMINO A " CAMPO ALEGRE"

Después de una larga caminata, el pequeño camino nos llevaba a retomar nuevamente la angosta y amarillenta carretera con huellas de las exploraciones que dejaban los guaqueros al buscar en las entrañas de la tierra el preciado metal o riquezas arqueológicas dejadas por los ancestros que habitaron esos territorios.



LA ALEGRÍA DEL CONTACTO CON LA NATURALEZA

En un remanso del camino esperábamos a los mayores en medio de nuestro cansancio por las correrías y derroche de energía. Ya cerca a la finca, continuábamos muy juiciosos y despacio para llegar juntos a un sitio donde se pronunciaba más el cauce del río que bajaba a un lado del camino en medio del vaivén de los guaduales nacidos a la orilla, inclinándose sobre aquel sendero como en señal de bienvenida al caminante.

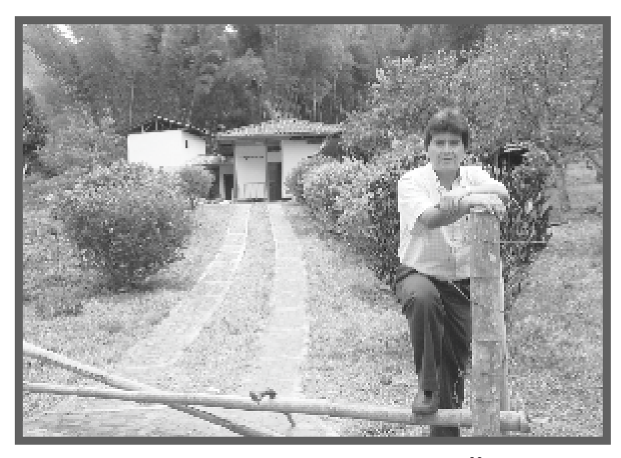
A un lado sobre una pequeña montaña se divisaba una casa de gran alero, amplios corredores rodeados de chambranas pintadas de vivos colores, con frondosos helechos, lindos prados y la policromía de los amplios jardines.

Era la casa de doña Tulia, mencionada anteriormente y que en esta ocasión vivía muy cerca a la finca de los abuelos, por lo que algunas veces al pasar, con la intensión de visitarlos gritábamos desde la carretera: -"Amarren los perros", - que eran muy bravos

y si algún forastero intentaba pasar el puente para llegar a la gran portada, se abalanzaban furiosamente sobre él, por lo que en algunas ocasiones de miedo a los galgos, sólo saludábamos desde el camino.

En ese trayecto se sentía una gran sensación de frescura pues los guaduales impedían filtrar los rayos solares, los que producían una grata sensación como antesala de la llegada a nuestro destino, casi siempre en las horas del medio día.

En ese sitio nos deteníamos a acomodar nuestro vestuario, e incluso algunas veces a cambiarnos para no llegar tan embarrados o mojados, nos lavábamos la cara y el cabello para vernos bien peinados y mejor presentados al llegar donde los abuelos Alistábamos los pequeños presentes que llevábamos como: pan, galletas o cucas que tanto les gustaban, turrones, bananas etc. Al llegar al segundo quiebra-patas, que atravesábamos con sumo cuidado, se divisaba a lo lejos el techo y la humeante chimenea de"Campo Alegre".



Entrada a "Campo Alegre"

A medida que nos íbamos acercando poco a poco iba apareciendo ante nuestros ojos la finca, el potrero, los árboles, caballos y vacas pastando indiferentes a nuestra llegada, lo que no hacían los perros quienes entre salto y salto salían a encontrarnos, moviendo intensamente sus colas y expresando con sus ladridos el regocijo por nuestra llegada. Con el corazón rebosante de alegría corríamos lo que más podíamos, gritando: -"abuelos, abuelos"-.

Atravesando la ancha puerta de golpe encontrábamos un jardín de lindas flores que en medio de su colorido irradiaban gran sensación de frescura primaveral. Al fondo, la casa pintada de blanco y verde, puertas con el mismo verde pino en fina madera y el letrero que desde lejos se leía: " Campo Alegre" y el gran alero cubriendo la casa con chambrana de fino mangle, encerrando el área del comedor testigo de tantas y tantas tertulias en torno a la gran mesa de madera siempre cubierta por un lindo mantel que daba un toque de elegancia al lugar, acompañada de la inseparable banca larga y ancha donde reposaba el visitante.

Siempre estuvo colgado en la pared año tras año el tradicional almanaque "Bristol" que servía de consulta al campesino para saber el estado del tiempo, los cambios de la luna, las recomendaciones y sugerencias para los cultivos, cosechas y pesca, observando con curiosidad las caricaturas de los recuadros que aparecían secuencialmente.

Al lado del almanaque "Bristol," un cuadro grande que llamaba mi atención: "Los dos Caminos," consistente en dos escalones

que representaban uno, la subida al cielo y el otro el descenso al infierno. Por las gradas del ascenso habían personas que podríamos llamar las "buenas", por las del descenso las que han tenido mala conducta, observándose muy contentas en medio de su jolgorio, consumiendo bebidas alcohólicas, representando las malas obras que han hecho en vida, razón por la que se habían ganado el infierno.



LA ALEGRÍA DE LLEGAR A "CAMPO ALEGRE"

A nuestra llegada, siempre los abuelos nos acogían con sincera alegría que no alcanzaban a ocultar, extendiendo sus brazos para recibirnos, momento este que nunca olvidaré por tanta expresión de cariño haciéndonos sentir cada vez bienvenidos y desde ese momento nos entregábamos al esparcimiento y sana diversión que nos prodigaba el contacto con la naturaleza.

Una vez instalados en las diferentes habitaciones ya sabíamos lo que seguiría: La abuela disponía de su mejor gallina, que nos encomendaba atrapar para preparar un delicioso sancocho, pero el tratar de hacerlo, se convertía en toda una aventura

donde cada uno se disponía a esgrimir las mejores estrategias para que la "cacería" fuera efectiva, "cacería" que no era nada fácil pues dicho animal, como presintiendo su triste final y conociendo muy bien su territorio, se escabullía ágilmente por cualquier pequeño espacio del corral o del potrero, pero después de tantos ires y venires lográbamos atraparla, más por su cansancio que por nuestra astucia, llevándola a la abuela o a mamá, quienes ya tenían agua caliente para desplumarla y desde ese momento comenzaban toda una cátedra, explicándonos paso a paso lo que era despresar una gallina.

A medida que la iban abriendo, nos enseñaban presa por presa con sus respectivos nombres: (molleja, corazón, rabadilla, muslos, pescuezo, alas y tripas), en cuanto a las tripas nos encantaba comerlas fritas con arepa en forma de "migas". El pescuezo era rellenado con arroz y otros ingredientes para su cocimiento, siendo éste del gusto especial de mamá.



MI ABUELA Y MIS TÍAS EN LA LABOR DE DESPRESAR UNA GALLINA

Dentro de las recomendaciones que siempre escuchábamos era la de -cuidado con la hiel-, pues al reventarse se impregnarían todas las presas de un fuerte sabor amargo que hacía imposible su consumo.

Después de compartir los alimentos mientras los mayores en el comedor se adentraban en prolongadas charlas sobre experiencias vividas, recorríamos la finca que muy bien conocíamos.

Generalmente comenzábamos con el cafetal que quedaba un poco distante de la casa y para llegar a él había que tomar un pequeño camino por la parte posterior de la finca; al cruzar un cafetal y guadual de otra propiedad, llegábamos a la pequeña puerta de golpe, que al atravesarla, bien sabíamos que nos encontrábamos en el cafetal de de los abuelos, cafetal que recorríamos a lo largo y ancho.

Eran muchas las caídas al encontrar el suelo lleno de hojas húmedas, resultando peligrosas por ser un terrero quebradizo, corriendo el riesgo de rodar hasta una pequeña quebrada que había a un lado del cafetal.

Nos encantaba subir a la cima hasta el "portillo" por donde pasa la carretera conocida como "el alto," (es la misma que mencionaba antes, al llegar al crucero, muy transitada por conducir a diferentes veredas).

Una vez en la finca recorríamos el patio y el jardín lleno de plantas medicinales y ornamentales generalmente cubiertas de

flores de varios colores donde revoloteaban pintorescas mariposas, allí registrábamos minuciosamente la bien cuidada alambrada que delimitaba la propiedad; algunas veces sin que nos vieran nos columpiábamos en la amplia puerta de golpe que tenía un largo recorrido por el desnivelado terreno, permitiéndonos desplazarnos con un poco de velocidad que nos hacía sentir la sensación de estar montados en algún juego mecánico de los que conocíamos como "Rueda de Chicago o Ciudad de Hierro".

Con curiosidad y sigilo explorábamos la vecindad no sin antes tomar la debida precaución por los perros, acercándonos a dos casas que se encontraban contiguas a la finca, queriendo conocer sus habitantes.

En ocasiones encontrábamos niños de nuestra misma edad con quienes no tardábamos en hacer amistad y prontamente estábamos corriendo por todos lados como si nos conociésemos desde tiempo atrás.

A un lado del jardín, el beneficiadero y la "Casa Elda", donde se pelaba y secaba el café, además un gran tanque que permanecía lleno de agua y que comparábamos con una piscina, claro está, al que nunca nos metimos, pues era hondo y peligroso, de allí se sacaba el agua que se requería para el proceso del lavado del café, la cáscara caía de la máquina descerezadora, a un gran encierro de esterilla.

Una vez seca esta cáscara, mi tío Antonio la depositaba en bultos para esparcirla por el cafetal como abono.

Nos gustaba entrar al depósito compuesto por dos piezas con paredes de adobe en los altos del beneficiadero, subiendo a ellas por unas pequeñas gradas inclinadas hacia el vacío donde nos gustaba sentarnos a apreciar las vecindades, el pastoreo del ganado, el camino y el río que desde allí se divisaban.

Adentro del depósito encontrábamos colgados en la pared: sillas de montar, enjalmas, frenos, y todos los diversos accesorios relacionados con la caballeriza, baldes para la recolección de café, delantales de cuero con sus anchas correas, botas de caucho altas y cortas, algunos bultos de café, muchos sacos de cabuya vacíos, sombreros, herraduras, puntillas y una serie de herramientas como palas, barretones, azadones, picas, machetes, martillos, etc.

Una de las piezas del depósito tenía un hueco en el piso que coincidía con una ancha tolva donde se vaciaba el café con cáscara que caería a la máquina descerezadora, justo debajo del beneficiadero. A un lado del depósito muy cerca del río se alzaba un árbol de zapotes, y cuando nuestra visita coincidía con la cosecha, comíamos hasta cansarnos, lo mismo ocurría si se trataba de la guama, aunque desafortunadamente en muchas ocasiones los árboles estaban sin el anhelado fruto.

Cerca del árbol de zapote, estaba la cochera donde en varias ocasiones encontramos lechoncitos los cuales alimentábamos con pequeños teteros y al poco tiempo ya nos conocían y pareciese que les gustaba nuestra presencia.

Recorriendo la casa desde la parte trasera, encontrábamos dos

piezas para los huéspedes, siempre bien arregladas con camas, repisas, armarios de madera y cobijas de lana.

Allí dormiríamos durante nuestra estadía. A un lado, una pequeña ramada donde permanecían colgados racimos de bananos esperando por su maduración y una vez listos, al pasar generalmente arrancábamos a cada gajo uno a uno los frutos que consumíamos hasta acabar los racimos.

La casa tenía pasillos internos por donde correteábamos incansablemente jugando al escondido o coclí, corredores que comunicaban con las cuatro habitaciones, la cocina y comedor.

Luego de la cocina, un cuarto que hacía las veces de despensa como también de costurero.

Atrás de la cocina, el amplio gallinero, y qué agradable era contemplar el potrero en las mañanas con el frío del rocío y la tenue neblina que tímidamente se insinuaba en el ambiente opacando el paisaje, pero que una vez resplandece en el horizonte el radiante sol mañanero, como por encanto, se va transformando el entorno en un lindo paisaje muy grato a los ojos, irradiando de colorido la caballeriza, los jardines y aquel camino que parecieran admirar el esplendor de las encumbradas montañas que a través de los tiempos hemos visto imponentemente como protegiendo fielmente ese apacible territorio.

Siempre que visito a "Campo alegre", me embarga la misma sensación de alegría que sintiera en mi niñez, aunque en lo más profundo de mi alma aún siento con suma tristeza la ausencia de los abuelos, de mi tío Antonio y de mamá quienes dejaron

impregnadas sus vivencias en cada espacio de la finca.

Caída la tarde, después de terminada las labores en el cafetal llegaba mi tío Antonio saludándonos de una forma ligeramente expresiva, pues siempre fue de pocas palabras, lo que hacía que el diálogo con él fuese muy limitado.

A medida que fuimos creciendo se fueron ampliando los diálogos con mi tío, agradándome sobremanera las anécdotas de su vida, lo que me permitía hacerle constantes preguntas sobre su niñez y su vida en general, percibiendo que le agradaba narrar uno que otro episodio de su pasado, sobretodo lo relacionado con su juventud y de cuando estuvo hospitalizado por mucho tiempo en Bogotá, experiencia que describió detalladamente, dejando percibir un dejo de tristeza, mientras se escuchaba en su inseparable radio la reconocida melodía del cantante tolimense Oscar Agudelo "La cama vacía", haciéndome el comentario que aquella canción le recordaba su estadía en el Hospital y desde entonces, siempre que la escucho, es como si su imagen se proyectara a través del tiempo en mi mente, reviviendo nostálgicamente los diálogos con mi querido y siempre recordado tío.

Cerca de las tres de la tarde diariamente la abuela nos enviaba al cafetal a llevar a mi tío y demás trabajadores lo que comúnmente se le llamaba "el algo", costumbre arraigada en el campo y que consistía en una botella llena de chocolate o café acompañada de pan o arepa y carne molida. Ya en el cafetal y desde un sitio equidistante gritábamos repetidamente con todas nuestras fuerzas "el algooooo". Después de varios llamados iban

saliendo del cafetal a recibir uno a uno nuestra entrega, mientras comían y descansaban un poco, nosotros salíamos en carrera a subirnos a algún árbol o a jugar al"escondite".

En una ocasión me escondí tan bien, que al cabo de una larga espera decidí salir de mi escondite, dándome cuenta que ya no me buscaban. Sintiéndome sólo en el cafetal, y al borde del llanto, emprendí en veloz carrera el regreso por el estrecho camino, impregnado del miedo que me producía la soledad que me rodeaba, la que parecía acentuarse en mis oídos, los sonidos característicos del campo de tal manera que el camino se me hizo más largo que de costumbre y hasta la puerta de golpe que separaba el cafetal del potrero fue difícil de abrir y al tratar de hacerlo resbalé en un pequeño charco embarrándome la ropa y las manos, lo que hizo que se acentuara mi preocupación de ser reprendido por no haber regresado con mis hermanos y primos, y además, por el estado lamentable de mis ropas.

Mi tío Antonio llegaba del cafetal a eso de las cinco de la tarde luego de terminar la jornada, acompañado de algunos trabajadores que jornaleaban por semanas, dependiendo eso sí, de las labores por realizar, dejando en la despensa: Plátanos, yucas o leña que regularmente traían.

Luego de un pequeño descanso, la abuela servía la comida, consistente en un plato de fríjoles que nunca faltaba, acompañado de arroz, chicharrón, tajadas de plátano, arepa y una taza de agua de panela o de café; nosotros –los pequeños- comíamos en la cocina sobre un largo cajón de madera que

además de ser utilizado como "sentadero," servía para guardar la remesa.

Nos agradaba sentir el calor del fogón de leña y la compañía de la abuela y mamá o mis tías, que mientras hacían sus oficios escuchaban entretenidamente algunas radionovelas de las que recuerdo, entre otras :"El derecho de nacer", "Los ricos también lloran" y "Los que sufren son los pobres", al tiempo que mi tío comía, apartado de la cocina, escuchando a "Kalimán y su pequeño Solín" seguidamente "Arandú: El príncipe de la selva y su inseparable amigo de aventuras "Taolamba."

Terminada la comida y luego del crepúsculo, la noche para mí se tornaba un poco triste, dándome la impresión de lo rápido que había trascurrido el día en medio de los juegos, pero con la ilusión de un nuevo amanecer.

Mi tío Antonio en el comedor seguía escuchando radio, sumido en sus largos silencios y meditaciones que no nos atrevíamos a interrumpir, momento que respetábamos y entendíamos como un acto solemne dentro su reflexivo transcurrir.

La abuela disponía las camas y mamá dejaba todo listo en la cocina para la jornada del siguiente día, mientras el abuelo supervisaba toda la casa y mi tío cerraba con candado la puerta de golpe, los corrales y la Casa Elda, percatándose que todo quedara bajo total seguridad. Terminadas todas las tareas, nos reuníamos en el comedor para rezar el Santo Rosario, momento considerado casi sagrado en medio de la penumbra, debido a la carencia de energía eléctrica, iluminados solamente por la

tenue luz de una vela y otras pocas veces por la lámpara "Coleman" muy celosamente guardada por mi tío en su baúl al que a pesar de nuestra curiosidad nunca nos atrevimos a abrir, debido al respeto que siempre sentimos hacia él.

Mientras rezábamos divisábamos a lo lejos a través de la oscuridad y con cierto recelo las siluetas de las montañas, los guaduales y cafetales que circundan la casa, lo mismo que los cocuyos que tanto nos llamaban la atención por su intermitente luz, la majestuosa luna que noche a noche nos acompañó en los momentos de recogimiento y el cielo tachonado de estrellas que por la oscuridad se podía apreciar en su plenitud, escuchando a la par los grillos que por doquier cantaban, no sin antes haberme situado en medio de los abuelos o lo más cerca posible para sentirme seguro, mientras contestaba una a una las decenas del Rosario que la abuela entonaba sin percibir mis temores y muy seguramente el de mis hermanos Noralba y Dairo, permaneciendo eso sí, atenta a que contestáramos a cada uno de los rezos con verdadera devoción.

Habiendo cumplido con nuestros cotidianos rezos nos lavábamos los pies, orinábamos, tomábamos un trago de café o aguadepanela para acostarnos bajo gruesas cobijas de lana debido al inmenso frío de las noches campesinas.



LA CASA ELDA

A un lado de la casa existió por años un lugar que nos gustó mucho: La Casa Elda, donde se secaba el café, compuesta por grandes cajones de madera que mediante los rodachines eran desplazados por gruesos lazos a lo largo de unos rieles.

La Casa Elda estaba protegida por un gran techo de zinc de color rojo que sobresalía sobre la verde vegetación, éste también se desplazaba por rieles dejando al descubierto el primer nivel para que el sol procediera a secar el café u otros granos.

Al ver a mi tío acercarse para abrir la Casa Elda, nos la ingeniábamos para subirnos a los grandes cajones y disfrutar así del "corto paseo" que proporcionaba el desplazamiento de los rodachines por los rieles, aprovechado para revolver el café con un rastrillo de madera, algo que no siempre podíamos hacer,

porque algunas veces mi tío no nos lo permitía, teniéndonos que conformar con verlo halar el largo lazo, observando tristemente el proceso de la apertura de la Casa Elda.

Con el paso de los años la Casa Elda desapareció debido a que el negocio del café decayó y ya no era tan rentable como antes, lo que hizo que su uso no fuera de manera permanente llegando prontamente su demolición. Desapareció también el beneficiadero, quedando sólo la máquina descerezadora anclada en el olvido como fiel testigo de un tiempo que permanece sólo en el recuerdo de quienes vivimos y añoramos lo que en otrora fue el rudimentario proceso del lavado, secado y selección del café. El cafetal fue remplazado por pastos, al igual que en las fincas aledañas.

Restrepo que antaño fuera un pueblo netamente cafetero cambió en gran parte su actividad, convirtiéndose en ganadero y los grandes cafetales que encontrábamos a lo largo del camino se fueron convirtiendo en extensos potreros con ganado.

A un lado donde existió la Casa Elda, siempre hemos visto al fondo del barranco el riachuelo de escaso caudal al que en pocas ocasiones nos acercamos, a no ser que por causa de nuestros juegos de bolas, trompos o pelotas éstos fuesen a parar allí y si esto ocurría, procedíamos de manera casi osada y sin que nos vieran los abuelos o el tío, a bajarnos lentamente a recuperar lo perdido. En una ocasión perdí el equilibrio quedando sentado dentro del agua sin poderme sostener de pies, totalmente mojado y al tratar de pararme, más de una vez resbalé.

Pensando que nadie me veía me dirigí a una de las piezas posteriores a buscar con qué secarme y cambiarme las ropas, pero no corrí con suerte al pensar que nadie me había visto, pues mi tío se encontraba sacando unas yucas del solar de al lado desde donde me vió, por lo que vino a reprenderme fuertemente lo mismo que mi abuela, sintiéndome muy avergonzado, pero dándome cuenta que a pesar de todo, estos pequeños incidentes eran muy poca cosa frente a los ratos de alegría que vivíamos en aquellas épocas cuando nos quedábamos al lado de los abuelos mientras mamá, Luzmila, Ramiro y Javier buscaban nuevos horizontes en la ciudad de Palmira, mi hermana Edilia, la mayor, contrajo matrimonio con Omar Zúñiga, estableciéndose en Restrepo.

En los días lluviosos cambiaban completamente nuestras actividades y nos limitábamos a permanecer dentro de los cuartos o en la cocina procurando frecuentemente tomar alguna bebida caliente, (café o agua de panela). Al intensificarse el frío permanecíamos completamente abrigados y nuestro estado de ánimo decaía notablemente a pesar que en ocasiones se mostraba sobre los campos el llamativo arco iris, lindo fenómeno de la naturaleza que no alcanzaba a menguar la nostalgia que nos producían las constantes lluvias que hacían ver los días opacos, sin brillo, contrarios a los esplendorosos del verano. Esos fríos días apagaban los trinos de la variedad de pájaros y el alegre canto de los gallos, escuchándose sólo el aleteo de las gaviotas que enfiladas en forma sincronizada pregonaban por doquier la llegada de las lluvias.

EL CUARTO DE LOS ABUELOS

La casa tenía siete piezas, siendo la más importante para nosotros, el cuarto de los abuelos adonde entrábamos con gran respeto, cuarto con dos puertas, una que comunica con la sala y otra con el corredor que conduce a la cocina, ventana hacia la parte de atrás que pocas veces se abría, piso en madera como todos los demás cuartos, dotada de una fina cama doble elaborada en pino, cuidadosamente tendida generalmente con un lindo cubrecama que la abuela tejiera, al lado
de la cama la pequeña mesa de noche con la Santa Biblia y el candelabro.

En las paredes se podían contemplar colgados: La vieja escopeta que siempre miramos con recelo, el carriel del abuelo, su ruana, su sombrero y varios cuadros religiosos de la Virgen María, el Señor de los Milagros y otro que nos llamaba la atención titulado "El bien y el mal" en el que se aprecia un moribundo en su lecho, acompañado de una señora que lo cuida, observándose al diablo halando su cobija y un ángel indicándole el camino al Cielo.

Mi madre y la abuela nos explicaban que ese cuadro representaba la hora de la muerte en donde las buenas o malas obras que hagamos en la vida serán tenidas en cuenta en ese momento y de acuerdo a ellas, nos iremos, bien sea con el ángel para el cielo o con el diablo para el infierno.

En un rincón del cuarto siempre hubo un altar con la Santa Cruz y algunos santos iluminados por una lámpara. Al llegar a

la finca una de las primeras cosas que hacíamos era visitar ese sitio y hacer una plegaria, costumbre ésta que nos infundió mamá, diciéndonos que lo primero que debíamos hacer era darle gracias a Dios por habernos permitido llegar donde los abuelos y por tantos beneficios recibidos. Algunas veces al llegar, encontrábamos a los abuelos rezando el Rosario, rezo que bien podían hacer a cualquier hora del día por ser fieles devotos de la Santa Cruz.

Siempre vimos ese cuarto con gran respeto, fue allí donde fallecieron mis abuelos, cuarto que los abrigó y en el que compartieron el amor, la comprensión y mutuo respeto, sentimientos que les permitió acompañarse durante toda su vida matrimonial. Años más tarde en ese mismo cuarto moriría mi tío Antonio.

L A C O C I N A

Fueron muchas las noches en las que nos reuníamos al calor del fogón mientras escuchábamos con gran embeleso las anécdotas que como por arte de magia salían a relucir una a una contagiándonos por la fraternidad que se vivía cada vez que coincidíamos en nuestra visitas a "Campo Alegre" con mi tía Romelia y Edilma, quienes junto con mi mamá y la abuela charlaban plácidamente al calor que proporcionaba la acogedora cocina, en medio de sus gratas conversas, lavaban los platos y disponían todo para el próximo día. Al terminar su rutina diaria yacía el fogón sólo en medio de sus agónicas cenizas.

En mi memoria permanecen vivos los recuerdos de cada lugar y los tradicionales objetos que por años apreciamos en ese recinto. Aún hoy me parece ver la máquina de moler con la batea en su pequeño "burro" de madera a un lado de la puerta, el platero y cucharero, algunas ollas tiznadas, chocolateras, el largo cajón de madera que nos servía de sentadero donde se guardaba la remesa y otros utensilios. Por años permaneció el fogón en aquel rincón inmerso en su trabajo, acompañado de su inseparable chimenea, siendo más tarde desplazado aunque no en su totalidad por otro más moderno que adquirió mi tío Antonio en la Federación de Cafeteros, fogón metálico y muy práctico que se aprovisionaba con trozos pequeños de leña lo mismo que con petróleo y dotado con chimenea incorporada. Esta nueva adquisición como el tradicional fogón de leña fue también desplazada por una moderna estufa eléctrica y luego por una a gas que hacía posible que la cocción de los alimentos fuese más rápida, aunque no se percibía en ellos el tradicional sabor montañero producido por la leña.

El antiguo fogón de leña fue remplazado por el modernismo, no obstante aún permanece en el mismo rincón como cuidando de su cocina original, dispuesto a servir cuando por alguna circunstancia se le requiera.
Colgada de un gancho asido de una viga permanecía una olla donde se guardaba la carne para el consumo de la semana, por falta de nevera. La carne se tasajeada adicionándole bastante sal para su conservación y ser consumida diariamente.

La rutina diaria en la cocina era de mucha actividad y nosotros colaborábamos en ellas por los "laditos", muy temprano nos

daban los "tragos" consistentes en un poco de café que la abuela nos llevaba al darse cuenta que nos estábamos levantando, luego entrábamos la leña arrumándola debajo del fogón, molíamos el maíz. Así muy temprano comenzaba en la cocina todo un trabajo en equipo, mi abuela, mi mamá y alguna de mis tías amasaban y armaban las arepas, atizaban el fogón procurando que el carbón estuviese encendido para colocar una a una las arepas en la parrilla hasta su total asado. Se empacaban las botellas llenas de chocolate en un "líchigo" para que mi tío y los trabajadores los llevaran y ser consumidos a la hora llamada "medias nueve".

También ayudábamos en los quehaceres de la finca: barrer el patio, echarle maíz a las gallinas, lavar los platos de los perros, darles comida, asear, recoger los huevos del gallinero que quedaba a un lado de la cocina buscando nido por nido y con cuidado los echábamos en un pequeño canasto.

Siempre que recogíamos los huevos, nos asaltaba el temor por un enjambre de abejas colgante del techo; cuando por algún motivo se alborotaban volando por todas partes teníamos que pensar únicamente en huir del lugar para regresar cuando estuvieran en completa calma.

Terminando estas, para nosotros, agradables labores, rápidamente nos entregábamos al juego y travesuras en las que ocupábamos la mayor parte del tiempo.

Años más tarde en uno de nuestros viajes a la finca en compañía de mi hermana Noralba, y de mis primos Jaír y Ofir

López González, hijos de mi tía Edilma y su esposo Marceliano, residentes en Cali, nos encontramos con la grata sorpresa que habían instalado la energía eléctrica, significando un adelanto asombroso y maravilloso, dándonos cuenta que de repente había llegado el modernismo que representaba el progreso de"Campo Alegre".

En el cuarto que otrora fuera de los abuelos y luego del tío Antonio y su esposa Consuelo, habían instalado un gran televisor en color, un equipo de sonido, la antigua cocina había sufrido notoria remodelación, el raído mesón estaba ahora enchapado con lindo azulejo, el piso cubierto con una llamativa baldosa, la base del antiguo fogón de leña recubierto con loza y la chimenea lucía impecable hasta perderse en el machihembre del reluciente cielorraso. Las anteriormente ahumadas paredes ahora pintadas de hermoso color, el viejo platero remplazado por una imponente alacena dando un toque moderno a aquel recinto; contiguo a la cocina donde antes existía el gallinero fue acondicionado un espacio encerrado con decoradas rejas en madera.

Allí se había instalado un nuevo comedor metálico estilo colonial de seis puestos color mostaza, dándole realce al sitio y en un rincón la novedosa nevera de 10", que vendría a suplir tantas necesidades de otrora, y de esa manera no se volvió a observar colgada de una de las vigas la olla que por mucho tiempo sirvió para conservar la carne para el consumo semanal.

A un lado del comedor donde antes hubo un jardín, ahora se

había construido un cuarto dotado de moderno mobiliario, los baños y el lavadero que por siempre estuvieron ubicados en la parte posterior de la casa, fueron trasladados contiguo a lo que antes fuese el beneficiadero, quedando más funcional para su uso.

En la noche todo era iluminado por lámparas fluorescentes (de tubos), permitiendo dar claridad a toda la casa y a sus alrededores.

El modernismo llegó de la mano con el crecimiento de los hijos de mi tío y de su esposa Consuelo (Diego, Edíver y Martha Lucía), quienes además de sus estudios, complementaban sus ratos libres en trabajos ocasionales convirtiéndose en gran apoyo para mi tío, tanto en los gastos como en el progreso de la finca. Entre los acontecimientos celebrados en la finca conservo en mi memoria el grado de bachiller de Martha Lucía, por la gran fiesta que se hizo, siendo el primer evento social realizado allí considerándose a la altura de cualquier casa moderna de la ciudad, por contar con todas las comodidades.

LOS CONTORNOS DE "CAMPO ALEGRE"

Transcurridos pocos años, el arribo a la finca sería por el sitio conocido como "por debajo" ya que el camino que fuera antes intransitable, más tarde fue convertido en una carretera por la que en épocas de verano era fácil transitar, contrario a lo que sería en tiempos de lluvia.

Eventualmente se escuchaba el ruido ocasionado por los vehículos que para nosotros era motivo de sorpresa y expectativa.
Al escuchar el motor salíamos para tratar de saber hacia qué finca se dirigía el vehículo, generalmente pasaban de largo y desde entonces estábamos pendientes a qué hora volvía a bajar para el pueblo. En ocasiones nos llevábamos la grata sorpresa al ver que el campero willis se detenía justo en la puerta de "Campo Alegre," apeándose de él los primos provenientes de Cali, de Medellín o de Palmira, quienes como nosotros, venían a visitar a los abuelos.

Con la alegría del reencuentro nos entregábamos a las delicias de los juegos infantiles, los que sólo abandonábamos con el cansancio al llegar la noche.

Con el paso del tiempo dicha carretera se tornó más transitada y en determinadas épocas, nos entreteníamos observando la llegada de personas de la ciudad a las fincas aledañas, en motos, bicicletas y carros de diversos modelos, o en hermosos caballos. Con relación a los contornos de "Campo Alegre", al lado derecho aún hoy se puede apreciar el cauce del pequeño riachuelo procedente de los diferentes yacimientos en medio de los frondosos guaduales por donde delicadamente gota a gota va formándose un transparente hilo de agua que a través de su trayecto se va fortaleciendo, apreciándose variedad de peces, helechos y plantas acuáticas, era común ver a algún parroquiano ejerciendo la pesca en los remansos que proporciona el recorrido a lo largo de la extensa vereda. Al otro lado de "Campo Alegre", atravesando el pequeño riachuelo,

existe todavía una pequeña casa de barro y esterilla, con pequeñas ventanas y angosto corredor, donde vivió en un tiempo muy lejano mi tío Marino con su familia. En mi mente no tengo ninguna anécdota, ni siquiera un leve recuerdo de su estadía en esa casa, lo que conocí fue por comentarios de mamá y de mi tío Antonio.

En cada vacación observábamos nuevos habitantes en aquella casa y sobre todo niños con los que rápidamente entablábamos amistad. Los terrenos de esa pequeña finca estaban cultivados fique, iraca y piña, por lo que en los tiempos cuando el abuelo trabajó la cabuya, veíamos a mi tío cortando las largas pencas procurando que no faltase la materia prima de lo que siempre me pareció un interesante proceso. Las pencas convertidas en hilachas eran colgadas en alambres a la espera de su secado para luego mediante un fino encintado convertirlas en mazos de cabuya que semanalmente serían llevadas al mercado.

Al otro lado del camino encumbrada en la montaña se podía apreciar imponente una casa de amplios corredores, chambranas y patios, de propiedad de un señor que vivía en el Departamento de Antioquia y que recientemente la había adquirido, visitándola muy pocas veces, razón por la que en la mayoría de nuestras visitas estaba desocupada, solamente a cargo de un trabajador.

Allí llegábamos con mucha confianza y era nuestro gusto subirnos al balcón para divisar el amplio panorama y apreciar en toda dimensión la finca de los abuelos, mientras nos mecíamos en las hamacas que permanecían amarradas de los

amplios pilares. Poseía extensas plataneras y bananeras y en algunas ocasiones consumíamos bananos y recogíamos algún racimo de plátanos caído que algunas veces el mayordomo nos obsequiaba para llevarlo a mi tío.

El nuevo dueño fue mejorando notablemente esa propiedad, tanto en los cultivos como en el acceso a la finca el cual era muy empinado y quebradizo, construyendo gradas acuñadas en guadua y afirmado de tierra amarilla; los balcones, puertas y ventanas fueron pintadas de color alegre y muy llamativo, dotándola de todos los servicios públicos. Mi sobrino José Omar, teniendo el gusto por la fotografía, logró tomar unas lindas fotos estilo postal, haciéndolas ampliar y en una ocasión que encontramos el dueño vacacionando, quedó admirado de ellas por lo que José Omar le obsequió el negativo obteniendo de él una foto que fue enmarcada y colgada en el pasillo, comentando posteriormente que en su casa en Medellín tenía otra de las tomadas por mi sobrino, exhibiéndolas con orgullo, manifestando que había sido muy bien lograda. Por muchas razones bien puedo decir que son muchos los curiosos animales, las exóticas flores u objetos y lindos paisajes como el de la portada de este libro, como también instantes familiares que han captado el lente de la potente cámara fotográfica de mi sobrino que por mucho tiempo convirtió en su compañera inseparable.



Finca vecina a" Campo Alegre"

En mi memoria también está el recuerdo de la pequeña casa existente antes de llegar a "Campo Alegre", propiedad de unos compadres de mi tío con quienes sostuvieron larga amistad. Poseían una tienda poco surtida donde íbamos a comprar bananas o a hacer algún mandado, lo que convertíamos en diversión al observar los cerdos con sus pequeños críos que en algunas ocasiones nos permitían cargar. Otro motivo de diversión era observar el pequeño lago donde nadaban lindos patos y gansos con sus polluelos, chapuzando y disfrutando del baño; luego corríamos por doquier, jugando con los pequeños gatos, perros, cerditos y patitos sin ningún impedimento de parte de sus dueños, admirados al vernos correr en medio de nuestro júbilo y alegría por los corredores y patios de la casa, involucrando en nuestros juegos a sus dos pequeños hijos quienes también disfrutaban nuestra compañía al igual que nosotros la de ellos.

Al lado derecho de la entrada a "Campo Alegre," fue construida una pequeña casa de barro, construcción que nos llenó de recelo debido a la proximidad con la finca de los abuelos, situación que nos hizo sentir intimidados al percibir que perdíamos un gran espacio en forma de llanura donde continuamente jugábamos e íbamos con mamá, mi abuela y primos a sentarnos a disfrutar de la brisa de la tarde pasando largos ratos escuchándolas contar anécdotas de sus vidas. Sentimos como si esa construcción invadiera lo que considerábamos nuestro espacio quedando en el pasado nuestras tertulias en esa planicie.

Casa ésta que en pocas ocasiones visitamos, aunque mi tío y Consuelo nos hablaban muy bien de los nuevos vecinos contándonos que eran muy serviciales, y que su propietario trabajó algún tiempo en los cafetales con mi tío, cuidando igualmente de la finca en situaciones de enfermedad o diversas necesidades como viajar a Cali, Buga, Palmira u otro destino.

Junto a la puerta de "golpe" que da entrada a "Campo Alegre", siempre ha existido una piedra donde nos sentábamos a recibir el sol de la mañana, recuerdo que varias veces escribimos mensajes con sus correspondientes fechas de nuestras estadías queriendo registrar en ella, nuestras vivencias, pero las inclemencias del tiempo siempre las borraba quedando allí, como testigo sólo la piedra, de nuestro trasegar en sus entornos.

A un lado del cerco que delimitaba la propiedad aún hoy permanece un árbol muy visitado por mí, pues heredé de mamá el gusto por "el chachafruto" o "malulles" como se le conoce en

Cundinamarca, a este fruto.

El chachafruto es una gramínea similar al frijol pero de mayor tamaño, rica en proteínas, de agradable sabor, cocido con sal o panela, sirviendo además para hornear pan y tortas y diversas formas de consumo.
Este fruto es casi desconocido en el Departamento del Valle, pero de gran apetencia en Antioquia, Cundinamarca y otros Departamentos.

Terminadas nuestras vacaciones recolectábamos gran parte de la cosecha de la que ya en Palmira disfrutábamos entre las comidas como el más gustoso pasa-bocas. Cerca del árbol de chachafruto siempre existieron cultivos de cebolla, cilantro, zanahoria, lechuga y otras legumbres.

Al otro lado, un jardín con variedad de rosas y árboles frutales, el gallinero y el potrero, el patio delantero que fue luego pavimentado, librándonos de las constantes caídas y, claro está, ya no embarrábamos tanto nuestros vestidos.

CAMINATA HACIA LA ESCUELA

Después de hacer las correrías de rigor en la casa y el cafetal, nos disponíamos a emprender la caminata hacia la Escuela en medio de nuestras charlas, anécdotas y juegos, saludando a los vecinos de las pocas casas cercanas al camino, quienes respondían amablemente. En ocasiones entrábamos a una de esas propiedades al llamarnos la atención una planta, animal u objetos, permitiéndonos palpar la amabilidad y hospitalidad del campesino.



- *La Escuela* -

Esa caminata fue una costumbre que desde niños tuvimos y al faltar mamá evocamos su presencia en aquella estancia, pues fue en esa Escuela donde aprendió sus primeras letras lo mismo que sus hermanos.

Al ubicarnos en su pequeña construcción, que visita tras visita vimos modernizarse en su estructura, la misma que en sus inicios fuera una modesta casa de bahareque con dos salones, hoy es una mole de cemento y ladrillo con gran corredor cubierto por alero de grandes columnas y techo de eternit sostenido por enormes cerchas metálicas, con pisos de llamativo mosaico de colores, dispensadores de agua, baños modernos y un espacioso patio para el esparcimiento de los alumnos. .

A un lado de la Escuela permanece hasta la fecha una gran Cruz que a través de los años pareciese destinada a custodiar este templo del saber, Cruz que también ha tenido su remodelación pues inicialmente fue de guadua, posteriormente una de bien tallada madera, a la que la inclemencia del tiempo fue deteriorando y hoy se erige una, construida sobre grandes columnas de cemento.

No hubo visitante de "Campo Alegre" a quién no llevásemos a conocer la Escuela, la que siempre para nosotros fue de mucho orgullo, contándole al visitante que allí estudió mamá y mis tíos, tratando de ubicarlos con nuestro relato en el tiempo en que ella asistía en medio de las dificultades de la época.

La Escuela estaba circundada por lindos paisajes, produciendo ante los ojos de propios y extraños una maravillosa sensación al ver las extensas montañas cubiertas por verdes pastos donde permanecían hermosos ejemplares vacunos de diversas razas y revoloteaban aves cantarinas en medio de la arboleda.

Al dejar la Escuela, después de un corto trecho divisábamos al fondo el río, con su rivera, que para nosotros era una especie de paraje por tratarse de un lugar apacible y tranquilo donde muchas veces llegábamos a descansar y refrescarnos un poco. Frente a la Escuela habían tres casas de construcción rudimentaria, una de ellas de especial interés para nuestra historia familiar, ya que en ella vivieron por alguna temporada mis abuelos, contando mamá que estando allí, vino papá a visitarla y en una de esas visitas le entregó una carta donde le proponía que fuese su novia, carta que mi mamá conservó siempre con especial amor y cuidado desde el 04 de septiembre de 1944, y una vez fallecida, mi hermana Noralba guardó con cariño y hoy gracias a su generosidad, pasó a formar parte de mis valores sentimentales como un tesoro invaluable, conservándose su texto original cuyo contenido fiel es el siguiente:

Señorita Clementina:

Apreciada señorita,

En el momento que la conocí, pasando por esa su casa he sentido una sensación agradable a mi corazón y al darme cuenta de su nombre, lo he depositado en lo más recóndito de mi alma y por esta impresión que le profesa mi persona quiero averiguarle los puntos más recóndito de su corazón para ver si mi nombre y mi inspiración será aceptada por su digna persona. El cual motivo se habrá dado cuenta del interés por parte mía y espero de su parte un sí alentador que dé alivio a mi corazón.
Quedando de usted agradecido y como un fiel admirador.

Restrepo 4 de septiembre /44
Pedro Carmona

Señorita Clementina

Apreciada Srta...

En el momento que la conocí pasando
por esa su casa, he sentido una
sensación agradable a mi corazón
y al darme cuenta de su nombre.
lo he depositado en lo mas recóndito
de mi alma... y por esta impreción
que le profesa mi persona quiero
averiguarle los puntos mas recónditos
de su corazón. para ver si mi
nombre y mi impreción sera aceptada
por su digna persona. El cual
motivo se habra dado cuenta del
futuro por parte mia, y espero
de su parte un si alentador
que de alivio a mi corazón.

Quedando de Ud. agradecido y como
un fiel admirador

Restrepo 4 de Septiembre /44

Pedro Carmona

Carta de Papá

Esta carta es considerada de suma importancia para nuestra familia pues con ella se consolidó la unión que dio paso a varias generaciones así: En la primera, siete hijos que orgullosamente llevamos el apellido Carmona González: Edilia, Luzmila, Ramiro, Javier, Noralba, Gustavo y Dairo; en la segunda generación, diez y nueve sobrinos con los apellidos Carmona Orozco, Carmona Sánchez, Carmona Castellanos, Carmona Suárez, Carmona González, Céspedes Carmona y Zúñiga Carmona; en la tercera generación, veinticuatro hijos de mis sobrinos en los que el apellido Carmona se proyecta sólo en Sebastián, hijo de mi sobrino Oscar Javier, generaciones que son el resultado de la unión de Pedro Antonio Carmona y Clementina González (mis padres), unión nacida a raíz de la anterior carta.

Siempre nos gustó escucharle contar a mamá sobre la ceremonia de matrimonio realizada a las cinco de la mañana, con su vestido de color negro, que era costumbre en la época.
Al visitar la Escuela, desde allí ella nos indicaba la ventana de la casa donde atendía las visitas de papá, pues no siempre podía él entrar y que aún hoy con algo de nostalgia trato de visualizar imaginariamente la figura de papá en calidad de novio.

El paso del tiempo fue implacable con esa casa, pues en una de nuestras posteriores visitas ya no estaba, y en su lugar se alzaba un imponente Chalet construido por personas de Cali que bien supieron de la tranquilidad y belleza del paisaje, arrasando físicamente con un pasado, ajenos para ellos y que perdurará por siempre en mi memoria.

Para algunos de mis queridos sobrinos no son tan distantes los hechos que describo, pues aunque todos no conocieron a sus bisabuelos, sí tuvieron vivencias en aquella finca, igualmente pudieron contar con espacios que aún permanecen allí abrigando en su recinto vivencias familiares, a quienes me parece ver en su niñez con sus juegos y carreras por esos largos caminos y potreros, jugando en los columpios, y al "escondido", al igual que las travesías por las montañas que circundan la finca, el subir las empinadas lomas de la propiedad del frente para divisar desde allí "Campo alegre".

En todas estas travesías siempre nos acompañó el perro que estuviese en ese momento, pues fueron muchos los que conocimos y de los que siempre nos encariñábamos, y de tantas y tantas cosas que en mi mente han quedado registradas y que no alcanzo a describirlas pero que por siempre llevaré en lo más profundo de mi ser.

Al fallecer los abuelos, en aquella finca quedó mi tío Antonio, quien a los pocos días de la muerte de la abuela contrajo matrimonio con Consuelo, una antioqueña que vivía en la casa de mi tía Romelia y a la vez le colaboraba como enfermera y en los oficios de la casa. El matrimonio de mi tío nos produjo un poco de desconfianza por tratarse de una mujer joven, comparada con la edad de mi tío, pero para sorpresa de todos resultó ser una mujer hacendosa y cariñosa con mi tío, y de cuya unión nacieron tres hijos: Diego, Edíver y Martha Lucía, a los que dedicó su vida en medio de esfuerzos, limitaciones y sacrificios propios del campesino.



TIOY FAMILIA

Ya crecidos los hijos de mi tío, Diego desde temprana edad mostró aptitudes para los negocios, comenzando con hortalizas y frutas que cultivaba con esmero, posteriormente con caballos y cerdos y más adelante contando con la colaboración de mi tío Antonio compró un jeep Willis para el servicio público en las diferentes veredas.(vehículo de mucha tradición en Restrepo por lo que es muy común verlos encumbrar por las empinadas carreteras con destino a las diferentes veredas, colmados de pasajeros, remesas, objetos y hasta con animales). Lastimosamente Diego no pudo cumplir con todos sus proyectos, falleciendo a muy temprana edad, dejando un hijo de quien jamás hemos vuelto a tener noticias, al haber sido llevado por su mamá a Medellín donde reside su familia.

Edíver se radicó en Calima Darién sin abandonar nunca la finca ni su responsabilidad para con su madre y hermana a quienes ocasionalmente visita en la ciudad de Cali. Desde niño

se distinguió por su seriedad y responsabilidad en todo, estando siempre al frente de las necesidades de la casa. Consuelo con su modistería fue siempre un gran apoyo; Martha estuvo viviendo algún tiempo en Bogotá desde donde aportaba económicamente. Fallecido mi tío, Consuelo y Martha se establecieron en Cali, siendo muy emprendedoras y con trabajo y esmero están saliendo adelante en la crianza de la hija de Martha.

De "Campo Alegre," hoy podríamos decir parodiando aquella tan conocida canción colombiana que "ya no vive nadie en ella", sumida está en la soledad, pero no en el olvido. Sus puertas se cerraron para darle tregua al tiempo, abrigando en su estancia la vivencia de los abuelos, sus cotidianidades, la niñez y adolescencia de nuestra madre y de mis tíos que día a día lucharon para salir adelante hasta estar preparados para encumbrarse por caminos diferentes en sus nuevos hogares.

"Campo Alegre" vio pasar por su estancia varias generaciones entre nietos, biznietos, sobrinos y primos, quienes desde lo más recóndito de nuestro corazón, rendiremos siempre tributo a las gratas vivencias a lo largo y ancho de su terruño, a sus aleros y ventanas que a pesar del tiempo están allí esperando tal vez que lleguemos nuevamente a abrirlas y darle vida a sus aposentos, ver ahumar como otrora aquella chimenea en señal del retorno, como siempre, ameno y fraternal.

Un orgullo muy grande e inmensa alegría sentimos los hermanos menores, Noralba, Dairo y yo, al llevar a nuestros hijos: Andrés Mauricio, Luisa María y Laura Alejandra,

mostrándoles palmo a palmo aquella estancia y sus alrededores, contándoles nuestras gratas vivencias al lado de los abuelos; seguramente lo mismo les debió suceder a Edilia, Luzmila, Ramiro y Javier, nuestros hermanos mayores con sus hijos, pues también ellos tuvieron sus gratas vivencias en"Campo Alegre".



Casa de mi tía Romelia

LA CASA DE MI TIA ROMELIA EN RESTREPO

Era nuestro punto de llegada, ubicada en el pueblo muy cerca de la Estación de Policía, casa bien cuidada, de amplias habitaciones, pisos de madera reluciente. La puerta siempre abierta al visitante, seguida del hermoso contra-portón de estilo Barroco, las puertas de las piezas, cocina y baños en madera tallada, el largo corredor delimitado por una linda chambrana de madera, desde donde se apreciaba en la parte baja, el solar con árboles frutales, como también los solares de

las vecindades, disfrutando el vuelo de las palomas que en gran número revoloteaban por el patio en procura del alimento que mi tía les suministraba diariamente, pudiendo ver en los palomares las indefensas crías que insistentemente pedían a sus padres alimento.

A un costado, la espaciosa cocina con amplio ventanal por el que se divisaban los parroquianos con sus bestias cargadas de mercado, leña y otros enseres para su diario subsistir. Los cuartos amplios, iluminados y ventilados siempre impecables con camas de madera y lindos tendidos y el Oratorio con su altar, sitio que visitábamos con mucha devoción, observando siempre un velón encendido el cual significaba según nos decía mamá, la presencia del Señor.

Al frente de la casa de mi Tía Romelia existió lo que se conoció como "La Pesebrera," sitio éste adonde llegaban los campesinos que bajaban de diferentes veredas en los días de mercado, dejando sus caballos y yeguas para ser cuidados mientras hacían sus compras y demás diligencias en el pueblo. Permanentemente se escuchaba el relinchar de las bestias percibiéndose en el ambiente el olor característico del estiércol, de la caña que frecuentemente les picaban y la miel de purga que durante la estadía les brindaban los cuidanderos.

La casa en su frente se apreciaba a ras de la carretera, pero en su interior contaba con una especie de sótano con dos piezas de bahareque con piso en tierra, sitio este que mi tía Romelia y don Leovigildo muy generosamente le ofrecieron a mis padres para que viviéramos por alguna temporada mientras salíamos de la

mala situación económica por la que atravesábamos.

A un costado, al subir cuatro peldaños por la angostas gradas, la pequeña puerta de rústica madera que comunica con la calle, en la que aún hoy me parece ver a papá durante largos ratos sentado en los escalones como disipando su penosa enfermedad, contemplando la cotidianidad de las personas que permanentemente transitaban por la empedrada calle. Fueron varias las ocasiones en las que Noralba, Dairo y yo lo acompañamos, escuchando los relatos de su vida que debido a nuestra corta edad, vagamente hoy recordamos. Fue en esta casa donde sentimos en gran manera la falta de mi padre ocasionada por su lamentable fallecimiento.

Años más tarde en nuestras visitas a Restrepo no podíamos regresar a Palmira, sin antes visitar o apreciar desde la distancia aquella pequeña puerta que hoy sigue allí como monumento de un pasado que para nosotros representa casi como algo sagrado.



Don Leovigildo
y
mi tía Romelia

Leovigildo Cruz Caicedo eminente médico, esposo de mi tía Romelia González, enfermera muy reconocida en el pueblo, formaban el equipo ideal para atender el pequeño Hospital que habían instalado en su casa.

Cada vez que visitábamos aquella casa, siempre encontrábamos pacientes esperando para ser atendidos: Heridos, mujeres embarazadas, niños enfermos, lo que hacía que mi tía al igual que su esposo permanecieran muy ocupados prestando sus servicios, sin medir el tiempo, sólo en las tardes y noches se les veía más desocupados, demostrándonos su alegría por nuestra visita, aunque había ocasiones en que se presentaba alguna urgencia médica y tenían que dejarnos para atenderla.

Los pacientes que en su mayoría llegaban de las diversas Veredas, los días de mercado (sábados y domingos), ataban sus bestias a una guadua que había sobre el andén, algunos traían presentes para los médicos, consistentes en un racimo de plátanos, una gallina, yucas, leche o cualquier producto de sus fincas, en agradecimiento por su desmedida atención.

Don Leovigildo Cruz y mi tía Romelia González habían tomado en adopción a un niño recién nacido a quien le dieron por nombre Jaír Cruz González. Mi tía Margarita hermana de mamá, moriría tiempo después, siendo muy joven y entregándole en vida a su pequeña hija Aracelly Marín González, a Don Leovigildo y a mi tía Romelia, quienes aceptaron gustosamente ser sus padres adoptivos. Con dedicación y esmero asumieron su misión de padres de estos dos niños que fueron creciendo con todas las comodidades, aunque lamentablemente Jaír desde muy niño se convirtió en el" dolor de cabeza", siendo demasiado travieso pasando constantemente de una escuela a otra, debido a su mal comportamiento e indisciplina.

Mamá, conocedora de esta situación y queriendo ayudar a mi tía, les propuso que lo internaran en un Colegio de Palmira en el que había muy buena disciplina llamado "Fray Luis Amigó", regentado por frailes capuchinos.

Una vez interno Jaír, mi tía y su esposo viajaban periódicamente de Restrepo a Palmira a visitarlo.Verlos llegar un domingo en la mañana, para mamá, Noralba, Dairo y yo era de mucha alegría, pues pasaban un buen rato con nosotros, mamá preparaba un almuerzo especial, a cada uno nos traían un regalo que apreciábamos mucho.

Después del almuerzo, Dairo y yo estábamos pendientes del momento en que don Leovigildo mandase a traer un taxi, por lo que inmediatamente salíamos hacia el parque Obrero donde existía una pequeña oficina de taxis.

Con gran autonomía nos subíamos al que estuviese de turno y así nos ganábamos el "pichoncito" hasta la casa que era lo que más nos gustaba y en ocasiones se alargaba el paseo, pues nos invitaban a acompañarlos al Colegio Fray Luis Amigó a visitar a Jaír, "ni cortos ni perezosos" nos acomodábamos en el amplio taxi que tomaba siempre la ruta por la carrera 25 hacia la calle 42, luego en sentido occidental y después de un largo trayecto llegábamos hasta un árbol muy frondoso, del que sobresalían sus enormes ramas sobre la carretera, árbol que para nosotros fue siempre nuestro punto de referencia para saber que estábamos próximos a llegar a nuestro destino, (árbol que aún existe). En ese sitio al desviarse hacia la izquierda una cuadra después, llegábamos al amplio Colegio Fray Luis Amigó".

La calle 42 por ese entonces no era la avenida de dos carriles de hoy, era una carretera angosta de cerrada arboleda y poco transitada.

Al llegar al Colegio, el taxi ingresaba por una pequeña carretera que había hacia el lado derecho de las canchas de futbol. Estando ya en las instalaciones del colegio, frente a su teatro, nos apeábamos del vehículo y comenzábamos a buscar a Jaír en medio de las gentes que se reunían con la intención de visitar a sus seres queridos.



Don Leovigildo, Jair y mi tía Romelia

Luego de saludar a Jaír, nos disponíamos Dairo y yo a deambular por las instalaciones del Colegio: Los grandes e impecables pasillos, capilla, los espaciosos salones de clases, los talleres de ebanistería, electricidad, metalistería y torno, salones que eran aprovechados para hacer diferentes exposiciones de trabajos realizados por los alumnos, al igual que de las herramientas utilizadas que para nosotros eran toda una novedad. Así pasábamos una tarde bien amena entre juegos, correrías y mecato que don Leovigildo y mi tía habían adquirido para Jaír y para nosotros como visitantes.

Al Colegio Fray Luis Amigó se le consideraba campestre por estar ubicado en ese entonces en las afueras de la ciudad, contando con amplias instalaciones, piscina, canchas de fútbol,

grandes potreros donde pastaba gran número de cabezas de ganado, extensos cultivos de diferentes variedades: granos, legumbres y hortalizas, tenía, además, sus instalaciones una sala para diferentes actividades artísticas, en las que se podía apreciar diversos espectáculos, como también proyección de películas, lo que muy bien sabíamos aprovechar contando posteriormente diferentes anécdotas de nuestra permanencia en ese colegio. Ramiro y Javier orgullosamente argumentan que colaboraron en la construcción del teatro en la época que estuvieron estudiando en calidad de internos. El colegio contaba además de largos y cómodos dormitorios donde se hospedaban los alumnos pertenecientes a la modalidad del internado, clasificados en tres secciones: Niños, adolescentes y jóvenes. Contaba así mismo con buenos comedores, salones, impecables corredores, jardines y talleres para la capacitación técnica e Industrial en: Ebanistería, Metalistería, Electricidad y Torno.

El área de las oficinas la veíamos con mucho respeto, pues en ese sitio sabíamos que generalmente se encontraba el Padre Rector y demás directivos.

Este Colegio permanece muy cercano a mis afectos, pues gracias a la gran labor social de doña Laura Vergara, pudimos estudiar allí, mis hermanos Ramiro, Javier y posteriormente yo, beneficiándonos de la modalidad del internado.

Doña Laura Vergara Crespo, fundadora y directora de la Casa de la Viuda Desamparada de Palmira, Institución que hoy lleva su nombre como gratitud a sus buenas obras y en su memoria, tenía

un convenio con los frailes y en especial con Fray Gustavo Gómez quien era el Rector en ese entonces de ese Instituto. Dicho convenio consistía en recibir a los niños que vivieran en la Casa de la Viuda y que estuviesen en edad de ingresar a este Colegio.

Al iniciar el año de estudio esta gran Señora nos regalaba todo lo necesario para la estadía en el internado: Cobijas, sábanas, pijamas, ropa interior, uniformes, implementos de aseo y de estudio, zapatos y tenis. Fue así como muchos niños y jóvenes que tuvimos el privilegio de vivir en aquella Institución del barrio Obrero de Palmira, pasamos por aquel Claustro de Sabiduría regentado por Frailes de donde obtuvimos una orientación moral y cristiana, infundiéndonos la responsabilidad y disciplina.

Al evocar los tiempos de mi internado en este Colegio, recuerdo con cariño la delgada y frágil figura del padre Luisito a quien veíamos constantemente como una hormiguita ocupado en diferentes quehaceres, él era quien organizaba los tradicionales torneos interclases de Futbol y en las tardes se le veía en las canchas desempeñándose como arbitro o pendiente de todas las actividades concernientes a este deporte.

En cuanto a la delicada situación de Jaír, también de este Colegio escapó en varias ocasiones, hasta lograr que le cancelaran la matrícula, dedicándose luego a oficios varios y a deambular por toda la familia, en Restrepo, Palmira, Cali y Medellín y en cada lugar al ser alojado, su comportamiento en los primeros días daba la impresión de haber cambiado para

bien, pero después de una temporada terminaba cometiendo algunas fechorías, emigrando entonces hacia donde otro familiar, y así la historia se repetía a menudo, por lo que al verlo llegar, todos temíamos los días que viviríamos con él en casa. Años después supimos que había fallecido en Pereira, terminando así el martirio para mi tía Romelia.

Afortunadamente don Leovigildo no conoció de la vida disipada de su hijo adoptivo, por haber fallecido primero.

De Jaír puedo decir que en Palmira se había ganado buena fama como jugador de fútbol, desempeñándose en el puesto de portero, siendo conocido en los círculos futboleros con el remoquete de "Araña negra", haciendo alusión a un famoso arquero de la época.

Una vez se pasaba la voz de su llegada a la ciudad, entrenadores y jugadores que conocían de su arrojo, valentía y reflejos como arquero, lo buscaban para vincularlo a sus equipos, llegando a pertenecer a varios al mismo tiempo.

Dairo y yo que desde pequeños fuimos aficionados al fútbol, en varias ocasiones íbamos a las canchas de la época a verlo jugar, algunas veces al escondido de mamá lo que nos hacía sentir intranquilos y fueron muchas las veces que tuvimos que regresar a casa sin concluir el juego, pensando en los regaños que nos ganaríamos si mamá se enterara de nuestras escapadas, pero en otras ocasiones obteníamos de ella el permiso, lo que nos permitía disfrutar del juego y en especial de las buenas actuaciones de Jaír como arquero, cosa que nos hacía sentir

orgullosos al ver que la gente le reconocía su desempeño, desafortunadamente su mala cabeza no le permitió que esta carrera fuese más fructífera pues bien supimos por comentarios propios y ajenos que había tenido ofertas de equipos profesionales.

Tiempo después visitábamos en Restrepo la casa que fuera de mi tía Romelia, encontrándola ya no tan impecable como en los tiempos en que vivió mi tía. Al volver a aquella casa nos reconfortábamos nuevamente apreciando sus jardines, huertas, pisos y enseres, sin poder olvidar épocas de nuestra estadía en aquella parte baja donde quedaron esparcidas gratas vivencias, percibiendo en el rostro de mamá un dejo de tristeza al recordar que allí nuestro padre pasó sus últimos días de vida, así como el recuerdo de don Leovigildo a quien perennemente le guardaremos nuestra gratitud por sus buenas obras y desde luego por la sentida ausencia de mi tía quien pareciera no haber podido soportar la soledad de vivir diariamente con tantos recuerdos impregnados en cada rincón, lo que hizo que viajara a tierras antioqueñas donde actualmente está radicada.

Al faltar nuestra madre, mis sentimientos hacia aquella casa se acentuaron aún más y se tornó para mí como un templo del pasado al recordar los seres queridos que esparcieron su existencia dentro de sus paredes impregnadas del color de la ausencia, de la lejanía, de ese extrañar a los seres queridos, de sentir su partida, conmoviéndose el alma ante tantas remembranzas, que hoy están guardadas en el cofre de los recuerdos, donde al igual que en nuestra mente vivirán por siempre los que partieron.



Escombros de la que fuese la casa de mi tía Romelia

Antes de imprimir este libro, me enteré de la triste noticia que esta casa había sido arrasada por el fuego, quedando sólo cenizas de lo que fuera para mí un monumento a la memoria de mis ancestros, suceso que lamenté profundamente, pues desaparece así un sitio que estuvo muy ligado a mis afectos, pero ni el fuego podrá borrar lo que otrora significó para nosotros la casa de mi tía Romelia.

Dos años después al termino de esta segunda edición, ante el lamentable estado en el cual quedó la propiedad después del incendio, las ruinas fueron demolidas. Aunque físicamente no esta allí la casa y en su lugar apreciamos un amplio parqueadero, en nuestros recuerdos perdurará por siempre lo que fue en otrora la imponente casa de mi tía Romelia.

Hoy en día seguimos visitando a Restrepo con la misma alegría y con el inmenso cariño que siempre hemos sentido hacia este Municipio, observando con los ojos del recuerdo cada esquina, las calles, la montañas, el Parque, la Plaza, evocando con un dejo de nostalgia tantas vivencias familiares que esparcidas quedaron por doquier.

Aunque los parientes cercanos que visitábamos en otros tiempos ya no están, afortunadamente podemos llegar con la misma confianza y cariño a la casa de doña Ligia Arias e hijos, casa cercana a la iglesia, muy acogedora, de gran alero, lindos corredores con chambranas y amplias piezas.
Con la Familia Díaz Arias, estaré por siempre muy agradecido al brindarnos su amable acogida y hospitalidad.

ANÉCDOTAS DE NUESTROS VIAJES A RESTREPO

Para Noralba, Dairo y yo era de inmensa alegría cuando nuestra madre mencionaba viaje a Restrepo, percibiendo que a ella también le gustaba, tal vez por ver en nosotros reflejada la inmensa alegría que ocasionaba tal viaje, como también por poder visitar a su mamá y demás familiares.

Con inmensa ilusión conseguíamos en la tienda más cercana cajas de cartón para empacar la ropa, amarrándola con cabuya y con ella al hombro salíamos muy temprano camino a la Estación a esperar el tren de las 7 de la mañana, comprando medio pasaje para cada uno y eso cuando alcanzaba la plata, porque hubo ocasiones que a mí me tocó "colarme" (encerrarme en un baño cuando veía el tiquetero), pero con el deseo de viajar me arriesgaba a hacerlo, zozobra que terminaba una vez nos bajábamos en la Estación de Buga, llenos de alegría por haber sorteado con éxito la primera etapa de nuestro viaje, y con caja al hombro y bolsas íbamos a la Basílica a escuchar la misa, a la que en algunas ocasiones no le prestábamos atención, a pesar de las recomendaciones de mamá para que nos dispusiéramos a escucharla con devoción, pues lo único que nos

preocupaba era que llegara el momento de correr hacia el Parque Cabal a tomar el taxi rumbo a Restrepo.

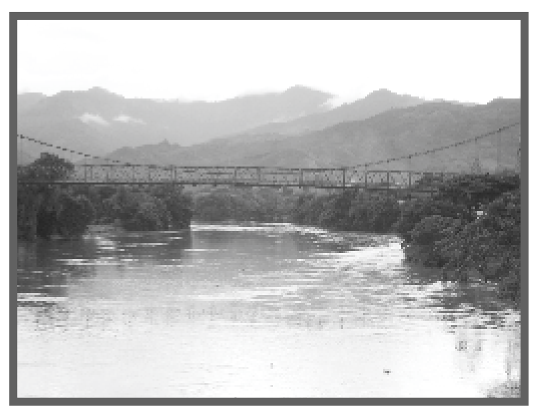
Alrededor del parque estacionaban los vehículos con destino a diferentes pueblos y veredas. Nosotros que muy bien sabíamos la ubicación de los que conducían a Restrepo, muchas veces llegábamos y no había taxis en turno, entonces ni "cortos ni perezosos" correteábamos por aquel sitio lleno de árboles por donde corrían y saltaban muchas ardillas. A veces al demorarse la salida de los taxis y aproximándose la hora del almuerzo, el estómago comenzaba a pedir comida, aunque en nuestra niñez no alcanzábamos a percibir la angustia de nuestra madre por no contar con recursos suficientes para ofrecernos algo, Tratando de consolarnos con el argumento de que era mejor no comer nada para no viajar con el estómago lleno, porque podíamos correr el riesgo de marearnos, - y yo que sí sabía lo que era estar mareado, sin poder disfrutar el viaje, entendía bien lo que ella nos decía-.

Siempre que viajábamos mamá me daba a empuñar una moneda de cinco centavos, para que, según ella, no me mareara, moneda que en algunas ocasiones me servía, y otras no. Al llegar el taxi, ella hablaba con el conductor pidiéndole el favor que le permitiera llevar un niño cargado y otro de pies, de esa forma solamente cancelaría dos pasajes por no contar con el dinero suficiente para pagar cuatro puestos, ofrecimiento que a veces el conductor aceptaba de buena manera y otras a regañadientes, aunque hubo ocasiones que algunos motoristas se negaban rotundamente y entonces teníamos que esperar la llegada de otro carro y proceder a hacer el mismo proceso

tratando de convencer al chofer.

En alguna ocasión un conductor accedió a los ruegos de mamá para que éste nos llevara cancelando únicamente dos pasajes, el conductor gentilmente le pidió a dos señores que iban adelante para que me permitieran ir en el medio de ellos, lo que pareció no gustarles, al escucharles decir que tendrían que viajar estrechos por causa de ese "pelado", pero al fin de cuentas aceptaron y fue así como quedé en medio de los dos señores. Mamá, como de costumbre me dio a empuñar la moneda de cinco centavos, cosa que hacía con fuerza y en ningún momento soltaba.

Partió el carro de Buga con destino a Restrepo, atrás viajaba mi mamá cargando a Dairo y otra señora que viajaba con su hija como de ocho años se ofreció a cargar a Noralba y a veces le cedía un pequeño espacio a su lado, siendo así que poco a poco nos dirigimos a la variante del Sena, tomando en el sentido que nos permitiría cruzar a el río Cauca, trayecto que siempre me gustó, pues se podían apreciar los árboles como abrazándose entre sí sobre la carretera, semejándose a un prolongado túnel y a continuación aparecía el lindo paisaje conjugando llanuras y montañas. En otras ocasiones y debido a las lluvias, los cultivos se encontraban cubiertos por agua, formándose inmensas lagunas donde se apreciaba una gran variedad de aves, al tiempo que observábamos los pescadores en sus pequeñas canoas extendiendo sus redes.



Antiguo Puente sobre el río Cauca

Una de las cosas que nosotros veíamos como algo novedoso era el cruce del inmenso río Cauca por aquel viejo puente que por lo estrecho, el carro debía pasar lentamente debido a la no muy buena estructura que con el paso de los años se iba deteriorando, sin embargo ajenos a los riesgos que corríamos, lo disfrutábamos paso a paso, además porque en el río se apreciaban algunas pequeñas embarcaciones que para nosotros eran una verdadera novedad.

En el transcurso de los viajes comenzamos a observar el inicio de la construcción de unos muros gigantescos en concreto que con el tiempo se fueron tornando en lo que sería el nuevo puente dando así un paso al progreso de esa región, quedando relegado el antiguo de estructura metálica y madera que el tiempo fue carcomiendo poco a poco hasta hacerlo desaparecer y del que hoy sólo queda en mi mente el recuerdo fiel de un pasado perdido en el tiempo. Nos gustaba apreciar los grandes "bocachicos" sacados del inmenso río Cauca, que los pescadores vendían al lado y lado de la carretera.

Al empezar a subir lentamente las montañas, en cada vuelta de la carretera se acrecentaba mi temor al presentir que algo en mi organismo no funcionaba correctamente dándome cuenta que estaba un poco mareado empuñaba fuertemente la moneda, pero parecía no servir de ayuda, todo giraba y creía que la montaña se me venía encima, no veía la manera de comunicarle a mamá que me encontraba muy mal, además de la difícil posición en que estaba bien puede decirse que me sentía como "queso en prensa" sin poder voltear a hacerle siquiera alguna señal y de un momento a otro solté la bocanada de vómito una y otra vez, arrojando a todos lados, bañando al conductor y a los pasajeros que estaban a lado y lado. Cuál no sería la rabieta de ellos quedando untados hasta el "cogote", al igual que el vehículo, los tapetes y asientos.

Mamá pasó las de "San Patricio", por un lado tratando de limpiarme y por otro, soportando la cantaleta que escuchaba de todos lados, afortunadamente estacionamos cerca de una pequeña cascada que caía de las montañas donde me pude casi bañar, el chofer lavar los trapos para limpiar el carro y los pantalones; allí pasamos por lo menos media hora, sintiéndome como lo peor del mundo, pues me miraban como queriéndome devorar, haciéndome el quite y ninguno de los pasajeros quería verme a su lado. Recuerdo hoy, cómo mi madre me tomó en sus brazos haciéndome sentir tranquilo y de esa forma, continuamos el viaje.

A partir de ese momento, mi hermano Dairo se hizo adelante ocupando el sitio en que estaba yo, no sin antes recibir todas las recomendaciones del caso - Oiga chino, si siente que se va a

marear avisa, no vaya a hacer lo de su hermano que debió decir con tiempo para parar el carro-.

Pasado este penoso incidente continuamos el viaje soportando el olor a vómito y mojados, de tal manera que no pude disfrutar plenamente las dos cosas que me gustaban en aquellos viajes: Observar el Lago Calima en todo su esplendor y la panorámica del El Darién al fondo, pueblo donde también pasamos vivencias maravillosas.

Habiendo dejado el sitio conocido como "Puente de tierra", la alegría era desbordante al llegar al crucero donde dejábamos la carretera que conduce a Buenaventura para seguir por la vía empedrada circundada por cafetales y platanales que conduce hacia Restrepo y que nos indicaba que estábamos próximos a llegar, aunque primero veríamos la imponencia de la torre de la Iglesia que de un momento a otro aparecía a lo lejos entre verdes montañas.

A medida que nos aproximábamos al pueblo, poco a poco íbamos apreciando pequeñas y bien cuidadas casas con sus floridos jardines, casas que se iban haciendo cada vez más frecuentes, como también los parroquianos que nos saludaban al pasar y no faltaba el perro que en medio de sus ladridos acompañaban el taxi por un corto trayecto, como también la asustada gallina que osadamente se atravesaba en el camino. Al llegar al sitio conocido como "El alto de la Cruz", bien sabíamos que habíamos llegado felizmente a nuestro destino, sitio este desde donde se divisaba el pueblo, sus paisajes y su calle principal, la que poco a poco con el trascurso del tiempo se fue transformando en

moderna Avenida, con el alegre colorido de las casas, policromía agradable a la vista del visitante, sintiéndose bienvenido a este querido Municipio.

Bien puedo decir que todos los viajes a Restrepo no fueron siempre angustiosos en cuanto al transporte, pues algunas veces nos encontrábamos con mi cuñado Omar Zúñiga Ruiz y su vehículo estacionado en el parque Cabal, de Buga, taxi que manejó por mucho tiempo en la ruta Buga-Restrepo y viceversa, vehículo que nos parecía lindísimo por su estilo largo, apreciándose muy elegante y distinguido con sus colores blanco y verde, su interior amplio, de cómodos asientos, lindo tablero y sonoro Radio que hacía el viaje más placentero. Cuando Omar estaba en turno, podíamos considerarnos en gracia de Dios debido a su generosidad y el aprecio que siempre nos demostró, gastándonos cremas, gaseosas, galletas y algunas veces nos invitaba a almorzar. Al viajar con Omar, nos sentíamos como cualquier pasajero.

Algunas veces parábamos en unos sitios llamados: "La Cecilia" o "Puente Tierra" para comprar algo. Al llegar a Restrepo que casi siempre era en un fin de semana la Plaza estaba en su furor, causado por el mercado. Recuerdo muy bien lo que era un sábado en la Plaza de Mercado, al caminar bajo las toldas, observando las diferentes clases de carne colgada de los ganchos, la variedad de frutas y verduras, escuchar en el alto parlante toda clase de anuncios: Campesinos buscando sus amigos y parientes, documentos extraviados, anuncios de ventas de fincas, de vehículos y ganado.

En la plaza siempre estaba Don Frutoso, esposo de una prima de mamá, vendiendo plátanos, yucas, papas y otros.
Algunas veces lo acompañaba su esposa doña Ana Delia, quien al verme me daba alguna fruta. Me agradaba pasar frente a los cafés para escuchar la música que desde muy pequeño me gustó (Los Trovadores de Cuyo, El Caballero Gaucho, Julio Jaramillo, Olimpo Cárdenas y otros). Otras veces me detenía en la puerta para ver jugar billar, juego que siempre me llamó la atención, pero que nunca aprendí. Omar compraba kilos de carne de toda clase: Pulpa, chunchulo, hígado, tocino y callo,(en ese entonces no se vendía por libras, sólo por kilos), también frutas, pan, galletas, mecato y leche, en la panadería de don Chucho, todo en abundancia para atendernos de la mejor manera y así percibíamos en él la alegría por nuestra llegada. Luego de realizar todas sus compras, nos conducía hasta la casa y... Qué inmensa alegría al ver salir a nuestro encuentro a mi hermana Edilia acompañada de mis pequeños sobrinos, con lo que con gran emoción desde ese momento pasábamos cada temporada tan agradable como si se tratara de la primera vez.

En otra ocasión salimos de nuestra casa en Palmira muy contentos José Omar, Dairo y yo, con cajas al hombro rumbo a Restrepo (Creo que era a llevar a José Omar, mi sobrino, luego de pasar unas vacaciones con nosotros).
Tan entretenidos estábamos con el deseo de llegar pronto a la Estación del Ferrocarril, que casi no percibimos cuando se nos acercó un joven muy alegre, jocoso y conversador preguntándonos amablemente: -¿Para dónde van, muchachos?- Muy ingenuos le dijimos que para Restrepo, entonces comenzó a hablarnos con familiaridad de ese pueblo, e incluso mencionó

a mi tía Romelia, mi tío Antonio y que conocía a mi mamá y a la familia, ofreciéndose a ayudarnos a llevar la caja, yo, siendo el mayor, no tuve inconveniente en entregársela y así seguimos algunas cuadras hasta que en una esquina nos invitó a comer helados sacando algunas monedas de su bolsillo y nos mandó a comprarlos en una tienda, ni cortos ni perezosos nos fuimos sin sospechar en ningún momento sus malas intenciones.

A los pocos minutos, saboreando nuestros helados salimos de la tienda a proseguir el camino, pero para sorpresa nuestra el joven había desaparecido llevándose la caja, debiendo regresar a casa en medio de desconsolado llanto.

Recuerdo como si fuera hoy, el susto de mamá al vernos llegar en esa forma, sin poder mediar palabra, aunque poco a poco nos fuimos restableciendo y pudimos contar lo que nos había pasado. El más sospechoso de ese hecho fue Jaír, (primo nuestro y al que ya en páginas anteriores había mencionado,) por la forma de proceder del ladrón al citar a varios miembros de la familia, mamá y demás dijeron que eso debió ser cosa planeada por él, debido al conocimiento que se tenía de su no muy buena reputación.

En esa ocasión quedó aplazado el viaje al haber perdido cada uno lo mejor de sus trajes.

NUESTROS VIAJES EN TREN

En ocasiones los viajes fueron muy placenteros al poder cancelar los respectivos tiquetes debido a los ahorros que obtenía con mi trabajo en Palmira como "garitero", que consistía en llevar alimentos en un porta-comidas a un señor Guillermo, abastecedor de carne, que vivía cerca de nuestra residencia, labor que complementaba vendiendo empanadas en la galería los días de mercado y con mi trabajo en el antiguo Teatro Obrero, en los cines rotativos de los domingos vendiendo gaseosas, chitos, papitas y confites, trabajo que disfrutaba al poder apreciar las películas del día.

La mayor parte del dinero que ganaba lo daba a mamá para ayudarle en los gastos y para completar el valor de los pasajes.



Estación del Ferrocarril de Palmira

Llegábamos a la Estación del Ferrocarril, instalaciones que siempre he admirado por su linda construcción con balcón, amplias puertas y ventanas, bodegas y hasta un bar ubicado en un costado del edificio donde se escuchaban melodías populares que daban realce al sentimiento y a la nostalgia producidos por las despedida del ser querido.

A un costado de la entrada, quedaba la taquilla donde después de hacer una prolongada fila, adquiríamos un tiquete entero y tres medios (para mamá y los tres pequeños), recuerdo muy bien su forma y su color blanco, alargado, escrito en tinta negra el nombre de las Estaciones a donde arribaría el tren desde Cali hasta Cartago. El nuestro, señalaba con un recorte en punta la ciudad de Buga, que siempre fue nuestro destino, con el deseo algún día, podernos desplazar a un sitio más lejano, disfrutando así por más tiempo nuestro placentero viaje.

Con tiquete en mano, nuestro júbilo era indescriptible y mientras llegaba el tren nos disponíamos a corretear por el amplio andén cubierto por gran alero en la parte posterior de la Estación. En pocas ocasiones y de manera casi osada nos atravesábamos las líneas férreas para adentrarnos en el amplio mangón que había al frente, o nos desplazábamos al parque contiguo, jugando al escondido o sencillamente caminando como queriendo explorar aquellos lugares.

Al escuchar el sonido de la campana anunciando la proximidad del tren nos reuníamos expectantes mamá, Noralba, Dairo, y yo a esperar su llegada.

Una vez aparecía la imponente Locomotora en medio de sus prolongados silbidos, anunciando su llegada, halando los numerosos vagones de color verde y rojo sobre los que se leía: "Ferrocarriles Nacionales".

Presurosamente la gente iba acomodándose a lo largo del andén para abordarlo, muchas veces sin esperar que éste se detuviese completamente, mientras los vendedores de diversos comestibles pregonaban sus productos.

Este hecho para nosotros era algo dispendioso por nuestra escasa edad y estatura y por las cajas que cada uno llevábamos, pero así mismo nos apersonábamos de la situación, abordándolo por la entrada que más cerca nos quedara pero sin perder de vista a mamá que sin soltar de la mano a Noralba se abría paso en medio de la gente. Al subir los tres escalones ocupábamos el amplio vagón con asientos de madera a lado y lado, la mayoría ocupados con las pasajeros provenientes de Cali y del Corregimiento de El Guanabanal.

Dairo y yo procurábamos sentarnos al lado de la ventana para apreciar cómo poco a poco íbamos dejando la ciudad, observando el trayecto que recorreríamos, los paisajes, los árboles que parecían moverse al vaivén del tren, los postes que contábamos uno a uno hasta perder la cuenta, los ríos protegidos por las amplias barandas metálicas que al atravesarlos producían un ensordecedor ruido, el ganado que tranquilamente pastaba en los amplios potreros y el arribo a las diferentes estaciones: Manuelita, El Cerrito, Guacarí y finalmente Buga, escuchando las voces de los vendedores que

aproximándose a las ventanillas ofrecían con gran ahínco: Uvas, rosquillas, bizcochuelos, gaseosas, helados, manjarblanco, pandeyucas y pandebono, entre otros. Detenidamente observábamos a quienes presurosamente abordaban el tren, mientras sus acompañantes corrían a un lado de él como queriendo alcanzarlo, cuando ya empezaba su desplazamiento, con el deseo de prolongar la alegre o triste despedida.

La posición de los asientos era enfrentados entre sí, ubicándose Dairo y mamá en uno y en frente Noralba y yo, lo que nos permitía conversar placenteramente en medio del vaivén y del "chiqui-cha, chiqui-cha", pudiendo compartir equitativamente el chocolate y un pan que habíamos llevado como merienda.

Algunas veces mientras Noralba y mamá cuidaban las cajas, Dairo y yo recorríamos los demás vagones, que por la tranquilidad de viajar con tiquete, nos sentíamos con la libertad de desplazarnos sin temores al encontrar al funcionario llamado comúnmente "tiquetero", pasando muy tranquilos por su lado.

Al pasar de un vagón a otro tomábamos todas las precauciones para no caer, observando la carrilera y el veloz desplazamiento sobre los rieles, lo mismo que el sistema de enganche que parecía muy seguro, pues nunca supe de accidentes producidos por el desprendimiento de alguno de ellos.

Existía un tren llamado "de lujo", con asientos y piso tapizado,

cortinas en las ventanas, restaurante, cómodos servicios sanitarios y ambientación musical y los pasajeros que tenían capacidad económica podían disfrutar de un refrigerio.

Antes de llegar a nuestro destino, nuevamente aparecía el funcionario requiriendo los tiquetes de quienes se quedarían en Buga y en esa Estación éramos muchas las personas que dejábamos el tren y mamá nos recomendaba que estuviéramos siempre cerca de ella, pues fácilmente podríamos extraviarnos o ser raptados.



Estación del Ferrocarril de Buga

Las Estaciones del Ferrocarril son sitios que siempre me han gustado y he admirado por su riqueza arquitectónica, tradición e importancia en la historia de nuestro País. Lastimosamente hoy ese medio de transporte ha desaparecido casi en su totalidad quedando sólo en la memoria de quienes

tuvimos el privilegio de conocer y disfrutar del sano ambiente que se vivía en sus Estaciones.

He tratado de hacer un pequeño homenaje a esas Estaciones de Ferrocarril, considerándolas como importantes moles de cemento que tanto sentimiento e historia encierran y que quiero compartir con los lectores:

Punto de Partida

¡OH Monumento!
Testigo de tristezas,
Nostalgias y melancolías,
De adioses y angustiosas despedidas.
Muchas veces tus pasillos presenciaron
El sollozo de un adiós desesperado
En los labios de un triste enamorado
Queriendo impregnar en un abrazo
La presencia del ser idolatrado.

Cuántas lágrimas derramadas
De la madre desconsolada
Ante la partida de su hijo amado.
Relojes desbocados en su tic-tac desesperado
Devorando los minutos que quisiera
Un viajero detener.

Cuántas bendiciones del padre
Que al partir deja a sus hijos
Tras la búsqueda de nuevos horizontes.
El tilín despiadado de una melancólica campana
Que ajena a los sentires
Indiferentemente anuncia la llegada
Del frío y presuroso tren.

Muchos pañuelos se agitaron
A través de la distancia
Esbozando en su vaivén
Los gemidos desgarrados de corazones
Impregnados de nostalgia
Ante la partida del ser idolatrado.

Estación de Palmira…
Tú, que has sido declarada Monumento,
Sigues tan majestuosa como siempre
A través de los años,
Guardando entre tus muros
El recuerdo de un pasado
Que el tiempo no ha borrado

Sólo que ya no abrigas congojas ni lamentos
De tantas y tantas despedidas,
Pues aquel tren de lontananza
Ha quedado anclado en el olvido
Añorando días de un pasado
Que quizá… nunca volverá.

RESTREPO, UN PUEBLO EN PROGRESO

Del Restrepo que conocimos de niños, es muy poco lo que queda, al que hoy apreciamos como un pueblo pujante, reconocido por el progreso que durante los últimos años ha tenido. Los caminos polvorientos que servían de ingreso al pueblo desde la variante, son hoy amplias carreteras pavimentadas, a la entrada del municipio, se aprecia una amplia avenida de dos carriles acompañada de alineados andenes, sardineles con gran arboleda y a los lados modernas casas de dos plantas y amplios antejardines.

En cada cuadra observábamos con gran detenimiento los cambios que Restrepo iba mostrando a través de los años, el arreglo del atrio y pintura de la Iglesia. El interior del Templo siempre fue muy bonito por sus amplias columnas, el solemne altar, los confesionarios y claro está, la remodelación de la Casa Cural que pasó de ser una ramada a una moderna construcción con locales comerciales.

Admirábamos las imágenes de los santos que nos parecían reales; la modernización del Parque convertido en museo indígena, su entorno donde año tras año algunos comerciantes fueron instalando sus negocios, llegando a formar un amplio comercio, con panaderías, fuentes de soda, almacenes, salones de belleza, oficinas bancarias y de diversa índole. Lastimosamente hoy ya no existe el viejo Teatro al que se le conoció con el nombre de "Damasco", sitio de encuentro de muchas personas en torno a una buena película.

Hoy se no ven como antaño, las tradicionales revisterías donde en ratos de esparcimiento nos sentábamos a leer algunas aventuras o tiras cómicas como "El Llanero Solitario," "El Pato Donald," "Tribilín," "El tío Rico" con sus traviesos sobrinos, entre otros.

En aquella época mi cuñado Omar Zúñiga trabajaba en la Represa de Perine, como se le llamaba inicialmente a la conocida Represa de Anchicayá, sitio donde hoy se aprecia el Lago Calima en medio de los pueblos de Restrepo y Calima El Darién. Mi hermana Edilia me mandaba al Parque principal con el almuerzo para Omar, y mientras el camión que trasportaba los alimentos llegaba, me dedicaba a leer entretenidamente toda clase de cuentos y revistas.

El viejo Parque con sus columpios y variedad de juegos desapareció dando paso a exposiciones con piezas arqueológicas, siendo hoy en día el "Museo Calima", convertido en emblema del pueblo.

El Cementerio nuevo vino a desplazar al anterior donde fueron sepultados mi padre y abuelos, Cementerio que por mucho tiempo fue custodiado por dos estatuas de ángeles, ubicados en la amplísima puerta. En cada viaje a Restrepo no podía faltar la visita al Cementerio, lo que para nosotros era motivo de tristeza al ver a mamá sumirse en profundo dolor al visitar la tumba de mi padre. Nos llenaba de pena verla llorar mientras arreglaba minuciosamente aquella lápida donde rezaba: "Pedro Antonio Carmona, fallecido el 1º de marzo de 1963".

Comprendiendo su dolor y recordando a nuestro padre la acompañábamos con mucha devoción en los rezos que muy bien ella hacía y que aún hoy recuerdo: "Jesús Amigo de Betania", que aunque extensa la rezaba de memoria con el mayor sentimiento. Después de largos minutos mamá poco a poco se iba tranquilizando, posteriormente procedíamos a recorrer el descuidado Cementerio, visitando las tumbas de familiares y conocidos de nuestra madre, explicándonos detalladamente quien era el difunto que se encontraba en cada fosa. Años más tarde en ese mismo Cementerio visitaríamos la tumba de los abuelos, pues los restos de papá fueron trasladados a la Iglesia de La Santísima Trinidad de Palmira.

Al dejar el Cementerio, mi mamá, nos mostraba una casa de amplios corredores que había al frente, comentándonos que allí vivió doña Lucía (prima hermana de ella), llamándonos la atención por su cercanía al Campo Santo. En la medida en que pasaban los años Restrepo fue cambiando y el viejo Hospital que funcionaba en el gran caserón de amplios corredores, piezas y pisos de madera ubicado en la parte norte del pueblo donde alguna temporada trabajó mi hermano Ramiro, fue reemplazado por moderna construcción de ladrillo y reubicado a la salida que conduce a la Vereda "San Pablo", pudiendo ampliar sus servicios, convirtiéndose en una moderna entidad de salud.

En los alrededores de la Plaza de Mercado comenzaron a establecerse las Entidades Bancarias con sus modernas instalaciones. Los Supermercados de Autoservicio desplazaron las tiendas y graneros de largos mostradores y estanterías en

madera que también eran sitio de encuentro de los campesinos que bajaban de las diferentes Veredas a hacer sus remesas y a su vez aprovechar para saborear unas frías cervezas, sentados sobre los tradicionales taburetes forrados en suaves pieles de vaca, o sobre bultos de arroz o de papas.

La moderna Plaza de Mercado que construyeron en un sitio apartado del tradicional comercio para acabar con las tradicionales toldas que por siempre se han conocido en aquella céntrica plaza, hoy yace en el olvido, cumpliendo funciones ajenas a las que inicialmente quisieron imponerle; porque pudo más el clamor del pueblo y el aferro a sus ancestros y costumbres, prevaleciendo así el mercado en la tradicional plaza bajo las conocidas toldas.

Con el paso del tiempo se fueron perdiendo algunas costumbres como la de conducir por las calles el ganado que iba a ser sacrificado, arriado por vaqueros que sobre sus caballos silbaban, gritaban y hacían sonar sus látigos de tal forma que los vacunos, corrían por las calles, algunas veces en forma desbocada, escuchándose la gritería de las gentes que apresuradamente buscaban refugio en las casas para evitar ser atropellados. De repente un toro bravo hacía correr a algún parroquiano, lo que no pasaba de ser un simple susto pues nunca supe de algún incidente.

Otra de las tradiciones que afortunadamente aun hoy subsiste es la reconocida fiesta de la Virgen del Carmen, celebrada el 16 de Julio, con alborada y diferentes juegos pirotécnicos, papayeras, desfile de camperos, procesión con la imagen de la

Virgen, terminando con un lindo y luminoso castillo que se podía apreciar desde sitios bien apartados.

En cuanto al progreso del pueblo, aquella reseca cancha de fútbol de tierra amarilla a la que en muchas ocasiones fuimos a ver jugar a mi cuñado Omar Zúñiga cuando en su juventud integró la Selección de Fútbol. Esta Selección orgullosamente representó a Restrepo en diferentes torneos de carácter Veredal, Municipal y tal vez Departamental. Fue en esos torneos donde aprendí los primeros conocimientos de este deporte que se tornó en mí como una verdadera pasión.

Hoy en lugar de aquella cancha existe un Estadio de amplias graderías y bien cuidada gramilla, circundada por magnífica pista atlética cubierta por arenilla de carbón. Este Estadio es ahora muy reconocido y utilizado por los diversos equipos profesionales del País. Vecino al Estadio, hoy se erige un moderno Balneario con amplias piscinas de cristalinas aguas donde se reúnen las familias en procura de sana diversión.

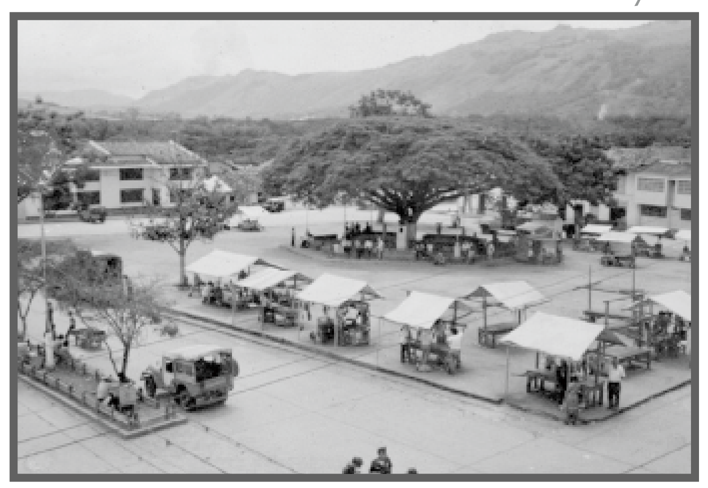


Samán de la Plaza en su mediana edad

La angosta calle que le daba acceso a estos campos deportivos actualmente es una moderna avenida de dos calzadas dividida por un sardinel donde se aprecia un jardín de hermosa policromía. Un frondoso Samán similar al que en un tiempo tuvo Guacarí, por años estuvo proporcionando magnifica sombra a la tradicional Plaza de Mercado, sirviendo de abrigo a muchas aves migratorias y estacionarias que armonizaban con sus alegres trinos el entorno, árbol que se convirtió en atractivo del pueblo por su gran tamaño y antigüedad.

Desafortunadamente como otras tantas reliquias que tuvo Restrepo, desapareció un día, agobiado por el peso implacable de los años, y desde entonces no se escuchan en los amaneceres de la plaza los melodiosos trinos de los pájaros, y sólo en la historia del pueblo y en las remembranzas de sus parroquianos quedará el recuerdo del lindo y frondoso Samán al que Restrepo orgullosamente vio nacer, crecer y lastimosamente, también morir un día.

El alto-parlante frente a la Plaza de Mercado desde el que se escuchaban diferentes clases de anuncios: Familiares desaparecidos, fallecimientos, misas y aniversarios, venta de ganado y propiedad raíz, pérdida de documentos, eventos a realizarse, entre otros anuncios, como también la variada música que amenizaba los días de mercado permitiendo al visitante percibir ese maravilloso ambiente que proporciona la Plaza y sus alrededores. Estos anuncios que por décadas escuchamos por el tradicional alto-parlante, con el tiempo ha ido desapareciendo y hoy Restrepo cuenta con una avanzada tecnología contando con Emisora de Radio y un Canal local de Televisión.



Plaza de Mercado de Restrepo

CAMINATAS A LA VEREDA "TRES PUERTAS"

En esta Vereda quedaba ubicada una finca donde por muchos años vivió mi tío Gilberto con su esposa Josefina e hijos, sitio que visitábamos en nuestras vacaciones. Lo primero que hacíamos al llegar al pueblo era dirigirnos adonde mi tía Romelia en su linda casa. Luego de los efusivos saludos, de descansar y arreglar nuestro equipaje, nos preguntábamos adonde iríamos primero: A la finca de los abuelos (Vereda Calimita) o a la del tío Gilberto, (Vereda Tres Puertas). Si decidíamos ir adonde mi tío, emprendíamos a pie por el mismo camino que conduce al Cementerio, pero antes de llegar a éste, nos desviábamos para pasar por un río cuyo puente se encontraba en muy malas condiciones (con el paso de los años se construyó uno moderno).



Carretera que conduce al Cementerio

La carretera se encontraba deteriorada y en épocas de lluvia se tornaba muy resbaladiza y difícil de transitar, razón por la que debíamos andar con sumo cuidado. En el recorrido, mamá nos iba contando anécdotas, que por haberse criado en este pueblo conocía.

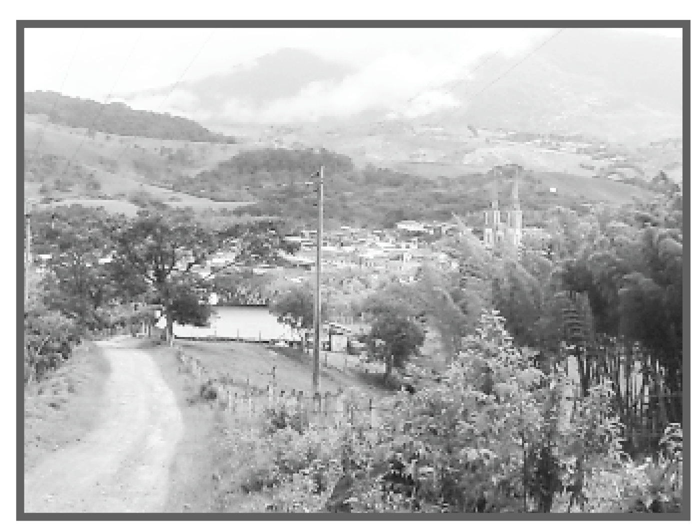
Esas historias generalmente tenían relación con los sitios por donde íbamos recorriendo. Después de atravesar el puente, encontrábamos una amplia casa de propiedad de un primo suyo llamado Joaquín Arias; contaba mi mamá que en esa casa se ahogó un hijo de don Joaquín al haberse subido al lavadero a tratar de limpiar sus zapatos, y sin que alguien se percatara, cayó al tanque del agua que era demasiado grande, dándose cuenta la familia horas después del lamentable suceso. Historia ésta que quedó grabada en mi memoria, aunque la gran casa

fue demolida cada que paso por ese sitio, la recuerdo como un suceso aislado de una época lejana.



Casa donde vivió mi tío Marino y su familia

Siguiendo este recorrido, y después de atravesar un estrecho callejón que conduce al nuevo Cementerio y otro puente más pequeño que el anterior, nos acercamos a otra casa de amplio frente, donde vivió por una corta temporada mi tío Marino, otro de los hermanos de mamá, con su familia. En esa finca tuvimos pocas vivencias, ya que al poco tiempo se fueron todos a vivir a Medellín. Al dejar la finca comienza el ascenso por la empinada carretera y a medida que vamos avanzando va apareciendo a la distancia la panorámica del pueblo.



Panorámica del pueblo camino a la finca del tío Gilberto

Al llegar a un punto donde el camino se hacía más difícil el cansancio nos obligaba a hacer una breve pausa en el sitio conocido como "El descanso" llamado así por ser un tramo plano y sombreado donde nos sentábamos en una banca que había en las afueras de una de las dos casas que existían en ese lugar. Luego del descanso continuábamos nuestra caminata. En épocas de cosecha cogíamos guamas de los árboles, cuyas ramas se inclinaban hacia la orilla del camino. Más adelante, encontrábamos una atractiva finca llamada "La Isla de Cuba", que admirábamos por tener en su lindo jardín una gruta con la imagen de la Virgen del Carmen, que mirábamos con mucha devoción.

Continuando el ascenso y dejando atrás la panorámica del pueblo, nos acercábamos a un crucero donde el camino que se desvía, conduce a pequeñas propiedades, terminando en una

gran finca llamada "La Cabaña". El crucero antes mencionado lindaba con la finca de mi tío Gilberto. Siempre al llegar era un momento de gran alegría, pues nos acogían con cariño, aunque debo decir que nuestras estadías no eran tan largas como las de "Campo Alegre", pero igualmente muy gratas.

La casa, similar a las de todas las fincas, con extensos aleros, pasillos, corredores, amplias piezas y una cocina muy funcional con fogón de leña, piso de madera, luciendo todo impecablemente.
La familia del tío Gilberto estaba compuesta por: Doña Josefina, su esposa, y sus hijos Jairo, Luz Alba, Ruby, Marina, Dora, Eneida, Teresita y Gilberto.

A mi tío Gilberto por ser comerciante de ganado pocas veces los veíamos en la finca, pues siempre estaba haciendo sus negocios en el pueblo o en otras ciudades, lo que creo que lo llevó a radicarse definitivamente con su familia en Medellín, aunque siguió viniendo con frecuencia a Restrepo por motivos de sus negocios y en uno de esos viajes cerca de un sitio conocido como "La Playita", en la carretera que conduce a la que fue su finca, lamentablemente fue asesinado.

FINCA LA CABAÑA

Otra temporada grata que pasé en Restrepo fue en la finca "La Cabaña" (Vereda tres puertas), donde vivía Don Manuel Orozco, su esposa Lucía Cuesta, prima de mamá y sus hijos Nelsy,Yolanda, Edilia y José Edíver, pues sus hijos mayores: Nubia, Marina, Alba, Consuelo y Alfonso ya vivían en Palmira, pero pasaron su niñez y adolescencia ocupados de lleno en las labores de la finca.

"La Cabaña" es una finca grande muy bien cuidada, de propiedad de un señor Samuel Rojas que vivía en Tuluá; don Manuel la administró durante largas temporadas, dedicándole con gran esmero varios años de su vida, cuidándola como si fuese suya; en mi escaso entender del campo siempre supe de su gran conocimiento en las faenas agrícolas, haciendo buen uso de los recursos de la finca, con sus manos labriegas, su infaltable sombrero, delantal de cuero, botas pantaneras y peinilla al cinto, siempre sumido en las diferentes labores, pendiente de todo: La ganadería, recolección de café, mantenimiento a los potreros, cuidado de los caballos y de los cerdos, manejando con el mayor aplomo, cortesía y con la mejor coordinación, en procura de distribuir las diversas tareas.

Diariamente doña Lucía con sus hijas se ponía al frente de los muchos quehaceres domésticos. Me sorprendía verla ocupada desde tempranas horas en la cocina, sitio éste que desde la madrugada se convertía en el lugar de más ajetreo. Había allí grandes tareas por hacer que se repetían día a día: Entrar leña,

atizar el fogón, colocar las grandes ollas para el café y el aguadepanela, moler grandes cantidades de maíz para armar y asar docenas de arepas, tasajear la carne y asarla para acompañar las ricas arepa, todo esto para tener listo el desayuno a una gran cantidad de trabajadores a quienes había que llevarles y repartirles en el cafetal, aunque algunas veces llegaban a la casa. Una vez repartido el desayuno, se procedía a colocar las ollas para el almuerzo, pelar gran cantidad de plátanos, papas, yucas y en fin, todo el revuelto necesario para el sancocho que por lo general era el menú del medio día.

José Edíver y yo ayudábamos a entrar leña u otros mínimos quehaceres pues más era el tiempo que pasábamos jugando, correteando por los potreros, o en un lago que había cerca pescando, o nadando en una pequeña piscina de la casa grande donde se hospedaba en temporadas de vacaciones el dueño con su familia. A las doce del día iba llegando gran cantidad de "peones," como se les llamaba en todo pueblo a los trabajadores del campo; y bien recuerdo la mesa larga con dos bancas a los lados que había en el comedor contiguo a la cocina. Los alimentos se pasaban a través de una ventana que comunicaba con el comedor. Algunos trabajadores no hacían uso de él, sentándose en el muro, andén o corredor.

Al regresar el personal a sus labores, el trabajo en la cocina continuaba con la preparación de fríjoles para la comida que muy a las cinco debería estarse sirviendo por ser la hora en que terminaban las tareas en el cafetal; uno a uno iban llegando para comer e irse a sus diferentes casas aledañas, mientras otros se dirigían al pueblo donde residían. Las labores en aquella

finca era un trabajo en equipo, cada uno tenía sus funciones y a pesar de tantos quehaceres se les veía el agrado con que lo hacían. Los fines de semana para mí era otra de las cosas que más disfrutaba, pues al no haber trabajadores se vivía gran tranquilidad, se podía dormir hasta más tarde y se preparaba un menú diferente sin tener que cumplir un horario. Don Manuel bajaba al pueblo para hacer la remesa, y algunas veces lo acompañábamos. Acompañarlo era algo muy agradable para mí porque el viaje de ida y regreso lo podía hacer a caballo. En las tardes jugábamos con las muchachas, mientras doña Lucía muy merecidamente descansaba de su larga jornada y se le veía tranquila.

Recuerdo gratamente la placidez que sentía al sentarme a ver la Televisión, la que me resultaba algo novedoso en una finca adonde anteriormente no llegaba la luz eléctrica. En alguna ocasión tuve la oportunidad de ver "El Show de la Estrellas, (programa musical de Jorge Barón), en el que conocí al grupo musical Argentino "Los Cuyos," que por ese entonces estaba de gira por Colombia y que a pesar de mis pocos años ya me llamaban la atención. Otros de los programas de mi agrado eran: El musical de Jimmy Salcedo, así como Animalandia, dirigido por Fernando González Pacheco y su elenco de payasos, destacándose por su ternura y simpatía el muy recordado "Bebé". Otros programas de concurso, era La pecosa Judy, en Tardes con Pepón, "Plaza Sésamo" lo mismo que una variada programación que nos servía de entretenimiento en las tardes y en las primeras horas de la noche. Igualmente disfrutábamos de una pequeña Radiola, en la que ocasionalmente colocábamos algunos de los pocos discos que poseía la familia,

entre los que recuerdo un LP de la cantante"Tania deVenezuela", el que escuchábamos una y otra vez, por lo que cada que oigo uno de esos temas, evoco aquellas épocas lejanas.

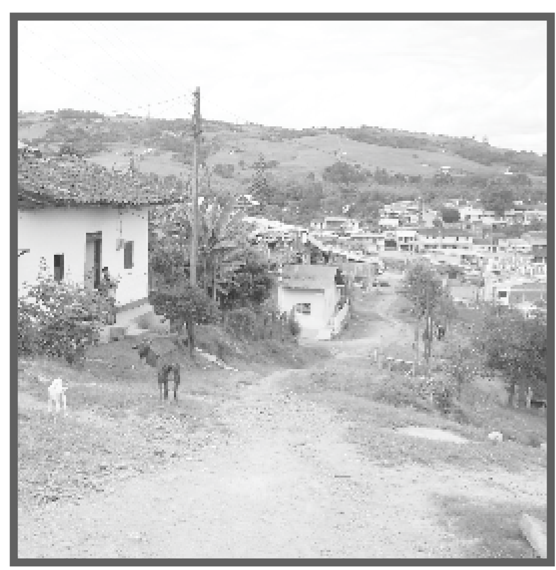
Yolanda bajaba a diario al pueblo a laborar en la Notaría Única, como secretaria. Fueron varias las ocasiones en que acompañé a José Edíver y Edilia a la Escuela, que estaba situada en las afueras del pueblo, camino hacia la finca de mi tío Antonio.

Con el paso de los años don Manuel y su familia se establecieron en Palmira.

NUESTRAS VIVENCIAS EN RESTREPO AL LADO DE OMAR Y EDILIA.

Me resulta muy grato recordar aquella época tan especial cuando Omar, Edilia y mis sobrinos vivían en Restrepo, mientras Noralba, Dairo y yo ansiábamos en Palmira las vacaciones para que mamá nos enviara, y en muchas ocasiones viajó con nosotros, percibiendo que a ella le complacía visitar también el pueblo de sus ancestros.

Una de las casas de Restrepo que más recuerdo donde pasamos lindas vacaciones fue aquella cerca al Hospital viejo, de pisos de madera, corredor encerrado por chambranas, con cuatro piezas, cocina, al frente del corredor, lavadero y baños, al fondo, un lote grande donde se cultivaban hortalizas y otras plantas.



Casa que fuese de Omar y Edilia

La casa casi siempre se encontraba rodeada de lindísimas flores y helechos que colgaban a lo largo del alero que cubría el pasillo, como también a un lado de la casa donde había una pequeña portada para ingresar directamente al patio.

Solamente en días lluviosos accedíamos por la puerta principal procurando no embarrar el encerado piso de madera. Al llegar de Palmira, después de descansar y hablar de diversos temas y situaciones, salíamos al callejón donde podíamos jugar tranquilamente sin el temor de que algún vehículo nos causara daño, pues por tratarse de un terreno quebradizo y montañoso, estos no circulaban, sólo las personas transitaban por un lado de un camino cerrado que había en medio de la hierba siempre húmeda, por donde también entrábamos desde una de las esquinas a la casa.

Este camino cuando llovía se volvía peligroso por el barro que parecía jabón, lo que lo hacía riesgoso para el caminante, pudiendo caer hacia el barranco, debiendo dar la vuelta por el Hospital viejo, que era una calle amplia aunque también se tornaba resbaladiza, pero era más fácil llegar a la casa.

Generalmente en las tardes iba a un pequeño río cercano intentando atrapar peces con un frasco, sintiendo gran alegría al reunir varios de ellos para llevar a casa, pero lastimosamente al siguiente día los hallaba muertos. Una tarde, estando en ese sitio pescando, pasó un hijo de don Joaquín, primo de mamá y al verme gritó: -¿Oiga usted, no sabe que su abuelo murió-? ¿Mi abuelo Juvenal?, -Contesté-, pensando que me confundía con otra persona. - Sí, nos acaban de avisar de su muerte-. Inmediatamente corrí a dar la noticia a Edilia, suceso éste que nos llenó de profunda tristeza.

Años más tarde en Palmira, recibimos la noticia del fallecimiento de la abuela, sin que pudiera asistir a su entierro, pero mamá y mis hermanos mayores se desplazaron a Restrepo, gracias a la ayuda económica de Doña Laura Vergara, fundadora de la "Casa de la Viuda Desamparada de Palmira", Institución donde vivimos por mucho tiempo.

LLEGADA DE MIS PRIMEROS SOBRINOS

En las vacaciones que precedieron a la muerte de la abuela continuamos visitando la finca, extrañando profundamente los cuidados y el amor que siempre nos manifestó. Esa sensación de vacío, de alguna manera la fuimos

superando con la llegada de nuestros sobrinos iniciada con el nacimiento de José Omar y cada año de vacaciones se convertía en motivo de alegría ante el nacimiento de un nuevo miembro de la familia.

A la llegada de José Omar le siguieron: Pedro Luis, Luz Stella, Rodrigo y Doris Edilia en Restrepo, Gloria, Margarita y Martha Liliana, en Palmira.



Edilia con mis sobrinos

Como para complementar nuestra alegría y orgullo llegaron los hijos de mi hermana Luzmila y Marco Aurelio: Víctor Aurelio, Elder Fabio, Diego Fernando y Francy Elena, con quienes también compartimos inolvidables vivencias que posiblemente serán recopiladas en futuros escritos.

Las "dietas" de Edilia generalmente consistían como era costumbre en esa época, en pasar durante cuarenta días en una

pieza oscura, lo que para nosotros era todo un misterio y las pocas veces que la veíamos estaba cubierta de pies a cabeza, sólo mi mamá y Omar entraban a aquel cuarto. Al bebé sólo lográbamos ver en las mañanas cuando mamá después de bañarlo lo sacaba a tomar el sol, mientras los pequeños tíos (del bebé,) lo rodeábamos y contemplábamos con mucho orgullo, lavábamos los pañales, tarea ésta generalmente asignada a Noralba, la que hacía con gran devoción, llenando los alambres de pañales, camisitas, pijamas, escarpines y en general, todas las prendas del bebé mientras Dairo y yo estábamos pendientes del secado para entrarlas y doblarlas no sin antes asearnos muy bien las manos.

Omar llegaba con una y otra cosa para la alimentación de Edilia, que a menudo consistía en un tarro grande de galletas de soda de las que nos compartía a todos, gustándonos muchísimo con aguadepanela en leche.

En el patio había un gran gallinero aprovisionado para la ocasión de un buen número de aves y cada dos o tres días era sacrificada una gallina con el fin de hacerle deliciosos y sustanciosos caldos a Edilia acompañados de una buena presa.

Esa cuarentena era una costumbre arraigada en cada hogar con el criterio de tener cuidado con la mamá, pues se consideraba que de no hacerlo traería diversas enfermedades en un futuro. El último día de la "dieta" se hacía un sahumerio que impregnaba toda la casa.

Una vez cumplida "la cuarentena" todo volvía a la normalidad y desde entonces se podía apreciar a Edilia y al bebé por todos lados y no había restricción de espacios, teniendo el privilegio de poder estar pendientes del niño, apreciando su sueño y desarrollo.



Omar Zúñiga Ruiz y Edilia Carmona González

Omar Zúñiga Ruiz, esposo de Edilia Carmona, mi hermana mayor, siempre se ha caracterizado como hombre trabajador, responsable y cumplidor de su deber, buen esposo y padre, quien al igual que a sus hijos nos vió crecer. Tanto mamá como nosotros siempre contamos con su afecto y apoyo llegando a representar en nuestra niñez algo así como la figura paterna debido al cariño que encontramos en él.

Cómo olvidar cuando nos reuníamos en el comedor compartiendo con sus hijos un bocado del que nosotros como cuñados también recibíamos y en las épocas navideñas también

contábamos con nuestro regalo de "Niño Dios". Siempre guardaré en mi corazón una inmensa gratitud hacia mi cuñado Omar, gratitud igual a la de mis hermanos, la misma que estuvo presente en la memoria de mamá, a quien a menudo escuchábamos expresarse de él con cariño y gratitud.

Permítanme los lectores expresar a Omar, el aprecio que siempre he sentido, el orgullo de tenerlo como cuñado, y una de las dichas más grandes que he sentido fue cuando logró su jubilación (aunque no se lo expresé en su momento). Siempre lo conocí trabajando para sacar adelante a su familia y qué mejor recompensa tanto para él como para mi hermana Edilia, que el merecido descanso del que ahora disfruta.

De Edilia bien puedo decir que toda su existencia ha sido de constante apoyo para nosotros y en calidad de hermana mayor nos ha marcado el derrotero de una vida forjada en las sendas de la rectitud, la unión y cariño por los suyos.

"Mi peladita", como la he llamado siempre, ha sido mi orgullo y a quien he admirado su permanente deseo de superación, su laboriosidad, responsabilidad y tantas experiencias que la vida le ha deparado, por todo eso veo en ella el reflejo de nuestra madre que supo levantar con dedicación, esmero y cariño a su familia. Por todo esto y mucho más, la considero como una bendición de Dios, reconociéndola toda la familia con las mejores muestras de cariño, por ser ella la hermana mayor, la esposa ejemplar, la madre abnegada y la abuela cariñosa, por lo que doy gracias al Creador al recompensarla dándole un buen esposo, buenos hijos y adorables nietos que son

afortunados al poder contar con la presencia de sus abuelos.

MI PRIMERA COMUNIÓN

Recuerdo que mi regalo de Primera Comunión fue un viaje a Restrepo, habiéndome preparado con antelación en la Escuela conocida con el nombre de "La Milagrosa", allí acudía cada sábado en las tardes, compromiso que para mí fue muy esperado durante la semana, pues a parte de recibir la preparación para la Primera Comunión, nos programaban una serie de actividades recreativas, dándonos regalos, dulces, haciéndonos pasar una tarde muy amena, que disfrutábamos hasta las 5:30 pm, hora en que cada uno iba saliendo para su casa. En una de esas tardes nos esperaba una señora con un metro de modistería asido al cuello, y uno a uno fuimos pasando para que nos tomara las medidas del pantalón, saco y camisa, preguntándonos también el número del calzado. El último día de preparación debíamos ir cada uno con la mamá, para hacernos entrega del vestido. A cada mamá le entregaron un paquete y ella debía medir a sus hijos cada prenda.

Con inmensa alegría y orgullo, procedía a medirme el pantalón, la camisa, el saco, la camiseta, medias, correa y calzado; todos, niños y niñas nos veíamos felices luciendo los lindos vestidos proporcionados por el Club de Leones de Palmira, entidad a la que a través de los años le he guardo un profundo agradecimiento. Al llegar el domingo esperado (18 de agosto de 1969), tuvimos el privilegio de ir en taxi para la iglesia, en

medio de la inmensa alegría causada por este significativo acontecimiento en mi vida. Luego de la ceremonia en la Iglesia de la Trinidad de Palmira, fuimos invitados todo el grupo de niños y niñas a un desayuno en el Club Campestre. Con el paso de los años me parece sentir esa especial sensación de alegría y felicidad que me embargó la celebración de mi Primera Comunión.

Después del desayuno en el Club Campestre, mamá me tenía una gran sorpresa que complementó mi felicidad: Viaje a Restrepo.

Ese día podía darme el lujo de llegar al pueblo y a la finca vestido con saco y corbata, llamando la atención de todo el que me conocía, significó para mí algo muy especial cuando amigos, familiares y conocidos se acercaban a felicitarme y algunos de ellos me demostraban su afecto regalándome un billete o alguna moneda. También recuerdo muy especialmente a don Leovigildo Cruz Caicedo y a mi tía Romelia la acogida que me dieron con grandes elogios y el dinero que me regalaron.

ANECDOTAS EN LA FINCA ZABALETAS

En mi mente viven las anécdotas de mis viajes a Restrepo, entre otras, cuando un día, en unas vacaciones llegó don Luis (Papá de Omar), donde Edilia, día en el que me encontraba un poco aburrido por la ausencia de mis sobrinos que estaban en su finca en la Vereda Zabaletas, al verme, me preguntó que si quería ir para que compartiera con ellos, invitación que me llenó de alegría y acordamos que el próximo sábado cuando

bajara al mercado, lo esperara en la esquina de la plaza. Desde ese momento no veía la hora que llegara el día acordado. Esa mañana del sábado empaqué alguna ropa en una talega, me fui a la plaza muy temprano al deseado encuentro con Don Luis. Al poco rato de mi ansiada espera, llegó, me saludó amablemente, pidiéndome que lo aguardara mientras mercaba, comenzando así una larga espera, traducida en horas, sin atrever a moverme, pensando que en algún momento regresaría y no me encontraría.

Transcurrido algún tiempo apareció mi tío Antonio, preguntándome qué hacía allí, respondiéndole que esperaba a Don Luis, conversamos un rato; compartiéndome algunas galletas se despidió con el compromiso de que si se encontraba con don Luis, le diría que yo lo estaba esperando.

Entrada la tarde llegó don Luis un poco alicorado y muy de prisa, pues ya se acercaba la hora en que debía salir el último carro con destino a laVereda Zabaletas. Su llegada me llenó de alegría porque al fin viajaríamos a la finca. Con gran ansiedad, abordé el Jeep Willis como pude, observando que éste se encontraba lleno de pasajeros, bultos con remesas y otros enseres.

Don Luis se ubicó al lado del conductor, sintiéndome totalmente tranquilo al viajar con él; de repente observé que dormía profundamente, comenzando en mí la zozobra y nervios por no conocer el sitio dónde deberíamos descender. Por encontrarme ubicado algo distante de don Luis, impedía que pudiera despertarlo. Todavía no se si fue debido a mis rezos, en

algún sitio de la vía abordó el vehículo su hijo Carlos, que venía de jugar fútbol en una cancha cercana, se sentó al frente de mí, lo saludé y me dijo: -¿Usted es Gustavo, el hermano de Edilia… va para la finca-? en ese momento todavía no se había percatado que su papá viajaba conmigo, al notar mi intranquilidad me dijo -No te preocupes, ya casi llegamos-.

De allí en adelante comencé a disfrutar el viaje, apreciando los paisajes y la amplia carretera. Al detenerse el Willis, el ayudante empezó a bajar los costales con la remesa, llamó a don Luis que ahora se veía más embriagado que al principio. Paso a paso caminamos por un pequeño sendero que nos condujo a una casa cerca de la carretera donde vivían unos familiares de doña Anita, esposa de don Luis. Al entrar a la casa observamos a algunas personas adultas escuchando música e ingiriendo licor.

Muy pronto encontré con quien jugar fútbol hasta entrada la noche. Nuevamente en la casa, observé que don Luis se notaba ahora más borracho, en compañía de su hijo Carlos, también algo alicorado. Entre tanto yo me sentía tranquilo sin imaginar que la finca a la que llegaríamos finalmente se encontraba todavía muy distante, ignorando, además lo que me esperaba. En algún momento don Luis en medio de su estado de embriaguez, dijo que se iba, ante tal insistencia finalmente le trajeron un caballo al que ataron la remesa, y entre varios, le ayudaron a subir, quedando ligeramente dormido, mientras Carlos y yo empezamos a caminar detrás del caballo agarrados de la cola, dirigiéndonos por una loma cada vez más pronunciada, sintiéndome tranquilo con él a mi lado aunque

iba de tumbo en tumbo debido a su borrachera, parándose y cayéndose en repetidas ocasiones.

Llegamos a una pequeña planicie en la mitad del camino y pudimos descansar cerca de una casa desde donde se podían apreciar a pesar de la oscuridad, las luces de los vehículos por la transitada carretera, así como el titilar de los cocuyos, escuchándose los cánticos de las chicharras como una bulliciosa serenata a nuestro paso. De un momento a otro Carlos cayó dormido entre la hierba y yo sin saber qué hacer pues el caballo continuó su viaje llevando en su lomo a don Luis, decidí seguir tras el caballo, suponiendo que nos guiaría hasta la casa. Sorpresivamente minutos después Carlos nos alcanzó y así llegamos finalmente a nuestro destino, saludando a doña Anita (esposa de don Luis), y a mis sobrinos José Omar y Pedro Luis, quienes se alegraron al vernos, lo que me hizo sentir dichoso a pesar de la oscuridad por la carencia de energía eléctrica, presintiendo desde ese mismo instante que me esperaban días de alegría en aquella finca en compañía de mis sobrinos.

Luego de comer nos arreglaron la cama y dormí placenteramente hasta que el canto de los gallos y pájaros, sumados con el trajín de doña Ana y Don Luis por el corredor de piso de madera, me despertaron. Sentí inmensa alegría al abrir la puerta del cuarto y contemplar el verdor de la vegetación que circundaba la casa, percibiendo el olor característico del campo impregnado en el ambiente.

Fue una estadía maravillosa corriendo y jugando por todos lados. Para obtener el agua debíamos bajar hasta una cañada, motivo de distracción al igual que cualquier otro oficio asignado. Doña Anita y don Luis siempre fueron muy formales demostrándome su aprecio permanentemente.

Otro de los quehaceres en la finca (a las tres de la tarde), era llevar el "algo," a los trabajadores que se encontraban en el cafetal situación que no siempre era fácil pues en ocasiones había que adentrarse en el cafetal, llamándolos sin obtener respuesta, debido a que caminábamos equivocadamente en otra dirección, encontrándolos finalmente.

Un día jugando con José Omar, Pedro Luis y otros muchachos en el potrero contiguo a la casa, de repente sentí el dolor de muela más fuerte que hasta ese día hubiese padecido, inmediatamente quedé como paralizado, el dolor era a cada momento más fuerte, me fui a la casa llorando y doña Anita me preguntó qué me pasaba, le conté y seguidamente mandó a uno de los muchachos que trajera no sé qué rama, la maceró y me dijo que me untara en la mejilla, colocara un poco en la muela sin tragar. Este "medicamento" me pareció algo milagroso porque casi inmediatamente el dolor desapareció, quedándome la boca adormecida durante algunos minutos. Pero como no siempre la dicha es completa, al poco tiempo sentí un dolor de estómago demasiado fuerte, teniendo que ir en la noche al cafetal, pues no había sanitario, comenzando así un ir y venir, pues más me demoraba en llegar a la casa que volver al cafetal y así durante varias horas hasta que doña Anita me dio una bebida que me fue aliviando, quedando sin aliento y muy

desmadejado. Afortunadamente Carlos no se percató de mis repetidas salidas al cafetal, pues precisamente ese día había llegado una visita y nos correspondió dormir a los dos en la misma cama.

En la madrugada nuevamente me despertó el dolor de estómago, sin darme tiempo para salir al cafetal, y sin poder evitarlo, sobre la cobija quedó la desagradable descarga, sin saber qué hacer y tratando de no moverme para no despertar a Carlos. Sin pensarlo dos veces coloqué bajo la cama la cobija superando así temporalmente esa situación tan difícil y poco a poco quedé dormido. A la mañana siguiente me levanté sigilosamente, me bañé y sólo esperaba el momento de poder limpiar todo, pero a la hora del desayuno había mucha gente rondando las piezas, luego doña Anita me pidió que acompañara a mis sobrinos a llevar una encomienda a una finca vecina, por lo que no pude asear la pieza y al regresar habían levantado el colchón de la cama llevándolo al patio. Al ver lo sucedido sentí como si se me viniese el mundo encima, sin embargo, doña Anita sin ningún reproche me entregó una tusa para que estregara el colchón con agua-jabón, lo que hice con mucha vergüenza, permaneciendo el colchón todo el día expuesto al sol mientras se secaba, a la vista de todos, la cobija igualmente permaneció colgada en el alambre durante su secado.

Por lo sucedido nadie me hizo algún reproche, ni escuché comentario alguno, sintiéndome muy mal durante algún tiempo a pesar de percibir de don Luis y doña Anita un sincero interés por mi salud y bienestar, preguntándome frecuentemente cómo me sentía, demostrándome una clara

muestra de respaldo y solidaridad, dejando aquel suceso poco a poco en el olvido y así, entre juego y travesuras me fui llenando nuevamente de confianza.



Don Luis Zúñiga y su Esposa Ana

Don Luis Zúñiga, hombre fuerte, trabajador, responsable, jocoso, charlatán y buen conversador, para quien mi gratitud será perenne, pues siempre encontramos en él una persona amable, entusiasta, servicial, cariñoso con sus hijos y nietos, por los que demostró un especial afecto, como también para mi hermano Dairo y para mí. Siempre en las épocas de nuestras vacaciones en Restrepo al traerles algún presente a sus nietos como pan, galletas o confites, para nosotros también había, tratándonos con el mismo cariño que profesara a sus nietos. Lastimosamente años más tarde ya viviendo en el pueblo donde adquirieron una espaciosa casa, su salud se fue deteriorando a causa de una enfermedad crónica, falleciendo en Restrepo,

suceso que consternó a toda la familia. Años más tarde moriría también su esposa Anita, complementando lastimosamente el vacío por la ausencia de quienes llevaremos por siempre en lo más profundo de nuestro ser.

Entre mis anécdotas en Restrepo, conservo en mi memoria una ocasión cuando en una lejana época de mi adolescencia invité a mi amigo Darío a conocer el municipio de Restrepo Valle y sea esta la ocasión para hacer un pequeño homenaje al ingeniero Darío Giraldo Arredondo y a su esposa la doctora Bertha Mercedes Bueno Espinosa, por la sincera amistad que me han brindado a través de los años, amistad que nació en nuestra infancia y que afortunada y orgullosamente hoy conservo, con el deseo de no haber sido en ningún momento inferior a ese fraternal sentimiento.

Después de la visita a "Campo Alegre" Darío, mi hermano Dairo y yo, nos dispusimos a visitar la finca de Don Luis Zúñiga en la Vereda Zabaletas. Muy temprano abordamos el Jeep Willis en la esquina de la Plaza de Mercado de Restrepo, llegando a la finca aproximadamente a las nueve, pasando una placentera estadía entre atenciones por parte de Don Luis y Doña Anita, como también montando a caballo y conociendo la Vereda, entrada la tarde haciendo gala de nuestro espíritu aventurero y expedicionario acordamos regresar a "Campo Alegre" caminando pero no por la carretera, sino atravesando la montaña y los extensos terrenos que separaban la vereda del pueblo. Don Luis nos dió indicaciones de cómo deberíamos emprender nuestro regreso; siendo aproximadamente las tres de la tarde, iniciamos nuestra "aventura", atravesando el cafetal

posterior de la finca y siguiendo un pequeño camino que nos condujo hasta la empinada montaña, después de sortear con hábiles pericias, pantanos y pequeños caños y al comenzar a descender perdimos de vista el pequeño camino que nos sirvió de guía, y fue así como el terreno se fue tornando muy difícil y la vegetación nos iba cerrando cada vez más, de tal manera que empezamos a pasar trabajos en nuestro desplazamiento por carecer de una herramienta que nos permitiera cortar las gruesas ramas que constantemente encontrábamos a nuestro paso; así entre rayones, picaduras de insectos y mojados por la suave lluvia que de un momento a otro comenzó a caer, la que cada vez se hacía más fuerte, convirtiéndose de un momento a otro en un fuerte aguacero que hizo que nuestra aventura se convirtiera en una desesperada búsqueda de la carretera que nos llevaría al pueblo, búsqueda que se prolongó hasta ya caída la tarde cuando después de atravesar una extensa selva espesa, alambrados y los ya crecidos caños de aguas turbias, llegamos a una estrecha carretera que sin duda era la que estábamos buscando por horas, pero ahora nos asaltaba el temor de no saber qué rumbo deberíamos tomar: Para el norte o para el sur y sin indicio alguno que nos indicara el camino hacia nuestro destino.

Después de varias conjeturas, acordamos emprender la caminata rumbo al norte por la resbaladiza carretera de un color amarillo, sorteando pequeños riachuelos que por la espesa lluvia se habían formado, convirtiéndose poco a poco en ríos que obstaculizaban nuestro desplazamiento. Nuestra gran preocupación era el hecho de no saber si habíamos tomado el rumbo indicado, por lo que el desespero comenzó a apoderarse

de cada uno, tratando de disimularlo en nuestros temerosos silencios sin que pudiéramos encontrar un indicio que nos permitiera saber si estábamos o no cerca de nuestro destino. Poco a poco la oscuridad hacía más difícil el trayecto, pero con la esperanza de que en algún momento vislumbraríamos la torre de la Iglesia, que nos indicaría que íbamos por el rumbo apropiado. De un momento a otro nuestro estado ánimo cambió al darnos cuenta que ese era el camino correcto y que nos encontrábamos a poca distancia del pueblo.

Llenos de optimismo continuamos nuestro rumbo acompañados del frío y de la ya pronunciada oscuridad, la que no fue obstáculo para que pudiéramos divisar la primera finca cercana a la carretera. Una vez, habiendo llegado hasta la alambrada, los perros de la finca con su algarabía nos anunciaban que no éramos bien llegados, sin embargo una amable señora al preguntarnos hacia adonde íbamos, nos indicó que para ir a la Vereda Calimita, no era necesario llegar hasta el pueblo, y que nos dirigiéramos a un crucero cercano, tomando hacia el lado derecho, por el que llegaríamos prontamente.

Con las indicaciones de la señora, empezamos a descender de una empinada montaña, atravesando con mucha precaución fincas y cultivos, preguntando de vez en cuando a algún parroquiano que a nuestro paso encontrábamos, si íbamos por el camino correcto. Eran aproximadamente las siete de la noche cuando llegamos a la conocida Escuela ubicada en los predios de la Vereda Calimita, territorio que muy bien conocíamos. Afortunadamente después de la lluvia y entrada la noche,

siempre nos acompañó la luna llena iluminándonos el camino.

Al llegar a "Campo Alegre" concluimos que a pesar de las angustias y temores que tuvimos a lo largo del recorrido, ésta fue una buena experiencia que nos enriquecía nuestra satisfacción personal al saber que salimos avante en la "aventura". El complemento ante la situación por la que acabábamos de pasar fue la deliciosa comida que nos esperaba, consistente en los tradicionales frijoles con chicharrón.

Seguidamente relatamos todo lo acontecido de la penosa y a la vez agradable experiencia que quedaría como anécdota de una "exitosa expedición", enmarcada en nuestras mentes como recuerdo grato de nuestros años juveniles.

VIVENCIAS EN CALIMA EL DARIEN

Otra anécdota especial que recuerdo entre mis ires y venires fue la época cuando Omar, Edilia y su familia vivieron en Calima El Darién, como se le llama ahora. En ese entonces era un pueblo con sus calles polvorientas, grandes lotes baldíos, un parque principal bien cuidado circundado por algunas casas de alero, balcón y chambranas de llamativos colores, pequeñas tiendas y establecimientos de cantina, el Teatro y la Iglesia en construcción rudimentaria, careciendo de las comodidades y enlucimientos en su estructura. Calima El Darién estaba muy distante del progreso con que cuenta hoy. Los contornos del inmenso Lago no se habían convertido en la

zona veraniega que hoy atrae a tantos turistas, lo que hace que este pueblo sea uno de los más pujantes de nuestro Departamento.

El Darién que conocimos lejos quedó y sólo en nuestra memoria perdurará recordando sus empedradas calles, sus rudimentarias casas de bahareque y nuestras travesuras en sus lotes baldíos, ríos y montañas.

En una de las tantas vacaciones en que llegamos a pasar una temporada encontramos a nuestros sobrinos con mucha emoción y alegría porque su papá compraría un televisor, lo que casi no podía creer pues en aquella época representaba todo un privilegio, y yo que sí sabía lo que era pasar trabajos para ver la televisión en Palmira, teniendo que ingeniármelas pidiendo permiso en casas cercanas, sujeto al estado de ánimo de sus propietarios.

Eso de poder apreciar la televisión era una aventura que emprendía especialmente en las tardes para ver la novela venezolana de tanto éxito en aquella época: "Esmeralda," con Lupita Ferrer y José Bardina y los domingos a las doce del medio día, esperaba con ansiedad mi programa preferido: "Tarzán". Ese día me levantaba con especial alegría, me bañaba y me vestía con el traje dominguero, saliendo para la misa a la Iglesia de los Padres Agustinos, y muy a las once y media comenzaba la aventura de recorrer las casas aledañas al Parque Obrero, pidiendo que me dejaran entrar a ver la televisión. En ese entonces teníamos el privilegio de vivir en la "Casa de la Viuda Desamparada", ubicada en el sector. Algunas veces estaba

de suerte y me dejaban pasar a la sala fácilmente, permitiéndome sentarme en sus cómodos muebles, pero en otras, debía hacerlo sólo desde la ventana, lo que no era de mi completo agrado al no escuchar bien, debido al ruido de los carros (aunque en aquella época eran pocos). En otras ocasiones lo conseguía a regañadientes y al entrar debía sentarme en el suelo y así, domingo tras domingo emprendía ese recorrido a lo largo y ancho del marco del Parque Obrero.

Por alguna temporada tuve casi seguro el sitio para ver la televisión tranquilamente donde don Alejandro Mora y su esposa Cilia, quienes vivían frente a la "Casa de la Viuda", favoreciéndome en algunas ocasiones por tener el privilegio de tener como amigo a su hijo Freddy al que por algún tiempo llevé y recogí del colegio, favor que me pidió su mamá y que yo con el mayor gusto hice, pues me quedaba fácil por la cercanía en que estaba la Escuela y además con esa labor suponía que aseguraba mi entrada a ver la televisión, aunque debo confesar que también estaba sujeto al estado de ánimo de doña Cilia, pues hubo ocasiones en que no me permitió, a pesar de la aprobación de su esposo don Alejandro.

Durante esta misma época desempeñé un trabajo en uno de los apartamentos externos de la "Casa de la Viuda", habitado por don Argemiro Olaya, su esposa Asmara Escobar y su pequeña hija María Eugenia. La labor que desempeñaba consistía en hacer los mandados, barrer y trapear el apartamento como también diariamente llevar el desayuno y almuerzo a don "Miro" y en algunas ocasiones la comida en la tarde. Don "Miro", laboraba en un Taller de Fundición, cercano al Parque Lineal de Palmira.

El trabajar en el apartamento de este matrimonio era algo que disfrutaba, así como el de degustar de las exquisitas comidas que preparaba doña Asmara, además de los privilegios como el ver la televisión plácidamente, y observar desde el balcón el transcurrir de la gente y de los vehículos lo que para los habitantes de la "Casa de la Viuda" era algo novedoso. Con frecuencia este matrimonio realizaba paseos generalmente los fines de semana a diferentes sitios recreativos, fincas, ríos y ciudades, sitios a los que ocasionalmente me invitaban, para los que contrataban, según el caso, un vehículo, ya fuera automóvil, camioneta o camión. Hoy puedo decir que fue una gran temporada vivida al lado de esa familia, a la que a pesar del tiempo transcurrido recuerdo con gratitud y aprecio.

Al cabo de los años, dándome cuenta que efectivamente "este mundo es muy pequeño", mi esposa Alejandra Suárez invita a nuestra casa a una compañera de trabajo, a la que al ver intuí que ya conocía, sin saber exactamente de quien se trataba, finalmente en la conversación que sostenían entre ellas, escuché sin proponérmelo el nombre Asmara, nombre que me llamó poderosamente la atención, comentándole más tarde a mi esposa que había conocido a la que es hoy su compañera de trabajo, siendo niña, llegando a la conclusión de que María Eugenia es la hija de don "Miro" y doña Asmara. (Matrimonio al que conocí en la"Casa de laViuda")

Permítame amable lector que lo remita nuevamente a mi relato anterior relacionado con la llegada del primer televisor a la casa de Omar y Edilia, lo que consideré como un acontecimiento maravilloso, presintiendo de antemano, que

llegaría a sentirlo como propio, imaginando que de ahora en adelante mientras estuviéramos en El Darién no tendría que pasar por las necesidades ni peripecias como las me debía enfrentar en los contornos del Parque Obrero de Palmira.

Una semana antes de la llegada del esperado televisor, nos dispusimos a la tarea de arreglar la sala de la casa, sitio en que lo instalaríamos. La casa se encontraba ubicada cerca de la Estación del Cuerpo de Bomberos, al pie de una calle que para ese entonces era un callejón poco transitado, enmontado y convertido en paso obligado de ganado y otras bestias con destino a diversos potreros, calle ésta que en épocas de lluvia era muy difícil de transitar debido a los caudales que desembocaban en una pequeña quebrada, en la parte baja del callejón, hoy convertido en una de las principales vías de acceso al pueblo

Ilusionados corrimos los asientos y un armario que había en la sala para dejarle espacio al televisor, imaginándonos de antemano verlo situado en un rincón. Edilia permanentemente enceraba el piso para que permaneciera reluciente, labor a la que le ayudábamos fregando con esponja (virutear), y colocando tapetes para limpiar los zapatos antes de acceder a la sala.Y llegó el día esperado: Omar llegó con una gran caja que cuidadosamente colocó sobre el piso, mientras todos la rodeamos queriendo ver el esperado televisor, pero Omar, debía regresar prontamente a cumplir con sus ocupaciones por lo que nos recomendó que no fuéramos a tocar la caja ni mucho menos a abrirla hasta que él llegara más tarde.

Es de suponer la ansiedad de todos porque llegara el momento de instalarlo, no hacíamos más que pasearnos o sentarnos cerca de la caja con gran deseo de abrirla pero no nos atrevíamos. Entrando la noche, llegó Omar y desde ese momento no nos perdimos detalles del proceso de instalación, quedando "boquiabiertos" al ver la enorme pantalla en su mueble de madera, instalado perfectamente en el rincón anteriormente dispuesto.

El primer programa que vimos fue "El minuto de Dios", que observamos con lujo de detalles, aunque la señal no entró muy bien por falta de la antena de aire la que sería instalada al otro día, y así poco a poco nos fuimos adentrando en la tecnología de la pantalla chica que en ese tiempo era en blanco y negro y de un solo canal, comenzando su primera emisión a las once de la mañana leyendo la programación del día que aprendimos de memoria rápidamente iniciando con la telenovela "Esmeralda", que antes era trasmitida a las 5 de la tarde y ahora en el horario del medio día. Terminada la telenovela continuaba el Noticiero de Arturo Abella, cerrándose la programación hasta las cinco de la tarde, tiempo que se nos hacía larguísimo pues era tanta la emoción por ese aparato que aún apagado nos sentábamos a contemplarlo. En lo que a mí respecta todavía no lo podía creer y fue mucho lo que disfruté, siendo ésta, otra de las tantas cosas que tengo para agradecer a Omar, pues por él pude disfrutar con toda tranquilidad los programas que más me agradaban: "Plaza Sésamo", "Lassie", "Las Aventuras de Walt Disney, "Animalandia," como también "Qué pareja más pareja" dirigido por el inigualable Pacheco, "Hechizada", "Viaje al fondo del mar", etc. Todo lo anterior sin tener que mendigar en

ventanas y casas ajenas. Claro está que una vez terminadas las vacaciones se acababa el privilegio y al llegar nuevamente a Palmira dependía de las personas que generosamente me dejaran observar la televisión ya sea desde la ventana o en la sala de sus casas.

Omar y Edilia vivían a media cuadra del Cuerpo de Bomberos de El Darién, y uno de mis gustos era el de estar pendiente de sus actividades, ya que desde niño he admirado la labor bomberil y estaba siempre atento cuando se anunciaba alguna emergencia: Incendio, accidente o ahogados en el Lago. Mi curiosidad la complementaba de alguna manera ingeniándomelas para abordar uno de los vehículos que acudirían al lugar del incidente.

Lo que para mí significaba parte de mis pequeñas aventuras me permitió en una ocasión conocer del ahogamiento y rescate de varios miembros de una familia de Bogotá al hundirse la lancha que ocupaban, rescate que duró varios días por tratarse de un sitio de mucha profundidad y los buzos tanto del pueblo como de Cali no podían llegar hasta el fondo del Lago, por lo que pidieron ayuda a rescatistas de Bogotá. Fue así como atendiendo al llamado de los Bomberos llegaron unos helicópteros que para mí eran toda una novedad, al ver algunos buzos descender por medio de lazos, mientras otros se lanzaban desde algunas lanchas, actividad que se prolongó por una semana, al cabo de la cual flotaron los cuerpos.

Este penoso incidente tuvo gran despliegue por la Prensa y la Televisión, siendo ésta la primera vez que estuve cerca de los

Medios de Comunicación. Cabe anotar que siempre que me alejaba de casa, lo hacía con el permiso de mi hermana Edilia.

En otra ocasión hubo un invierno muy prolongado desbordándose el río Calima, causando muchos desastres, llevándose el puente de concreto por donde transitaban los carros que venían de Buga por los sectores de "La Cecilia y Jiguales",Veredas por la que se llegaba al pueblo. En ese entonces Omar conducía un bus escalera o " chiva" afiliado a Trans Calima, con ruta Buga – El Darién – Buga. Debido a la caída del puente fue necesario instalar provisionalmente uno colgante para el paso de los que necesariamente, por las circunstancias tenían que transbordarse, tomando otro vehículo hasta el pueblo. La caída del puente ocasionó gran caos debido a la demora en la restauración y día a día los alimentos escaseaban.

A pesar de las adversidades diariamente llevábamos el almuerzo a Omar, lo que para nosotros era como un paseo además del gusto que nos proporcionaba atravesar una y otra vez el puente colgante, aunque me invadía gran vértigo al observar el vertiginoso caudal.

Prontamente el sitio fue aprovechado por toda clase de comerciantes que tendieron toldas bajo las que ofrecían variedad de comidas y diversos productos, al haberse convertido provisionalmente este lugar en el único paso para quienes entraban o salían del pueblo.

En esa época probablemente sólo se podía acceder a Calima El

Darién por este sector, hoy también es posible hacerlo por el "alto de la Virgen", por donde después de dejar la bien cuidada carretera que conduce a Buenaventura se desvía hacia una estrecha vía pavimentada que desciende y bordea el Lago para llegar al pueblo.

En una ocasión ya en Palmira y estando con nosotros Edilia, recién llegada de El Darién, debido al próximo nacimiento de uno de sus hijos, fui encomendado con José Omar para viajar a El Darién a traer ropa y algún dinero de parte de Omar, recibiendo únicamente el valor del pasaje de ida, confiados en que él (mi cuñado), nos daría el dinero para el regreso.

Ya en Buga nos acercamos a la oficina de Trans Calima, preguntando al despachador el turno en que viajaría Omar Zúñiga, informándonos el administrador que no vendría ese día, no le pregunté por qué motivo y comenzó así mi preocupación pues como dije antes, sólo nos habían dado el dinero de ida y Omar nos daría el de regreso; al percatarse el administrador de nuestras vueltas repetidas por la oficina nos llamó la atención, preguntando a mi sobrino José Omar: -¿Usted es el hijo de Zúñiga?, respondiendo que sí -¿ Para dónde viajan, a El Darién?, si quieren - dijo el administrador - váyanse en ese bus que está para salir, - Le vimos hablar con el conductor y en ese momento nos volvió el alma al cuerpo. Al llegar al punto conocido como la "Cecilia" donde había un puesto de control de la Empresa, el conductor se bajó y no le dijo nada al tiquetero, quien nos pidió el tiquete y nosotros muy asustados no sabíamos qué hacer, como pude le dije señalando a mi sobrino: El es hijo de Zúñiga y yo su cuñado, en

ese preciso momento llegó el conductor siendo advertido por el tiquetero de que no llevábamos tiquete, a lo que el conductor manifestó: -Tranquilo, que yo arreglo después con Zúñiga—

Como a eso de la una de la tarde llegamos a Calima El Darién, dirigiéndonos a la casa de Edilia y Omar, encontrándola cerrada, por lo que optamos por regresar a la oficina de transportes para averiguar a qué hora llegaría Omar Zúñiga, respondiéndonos el encargado que tal vez no vendría ese día, pues había viajado a Buenaventura con una excursión. Ante esa noticia no sabíamos qué hacer al no poder entrar a la casa por falta de llaves, así que nos dispusimos a buscar a alguien para que nos ayudara a regresar a Palmira y de repente vimos al "gordo", un joven amigo de Omar y algo conocido de José Omar, quien nos llevó ante el despachador de los buses, pidiéndole el favor de trasportarnos hasta Buga y así gracias a esas personas regresamos nuevamente a la Ciudad Señora.

Y ahora… ¿Cómo llegar a Palmira?, nos preguntamos. Caminamos durante algún tiempo, y de repente se me ocurrió la idea ir a la Estación del Ferrocarril para averiguar a qué hora salía el tren para Palmira, donde nos informaron que a las cuatro pasaba el último. Pero… el dinero para comprar los tiquetes? En ese momento tal vez nuestros pensamientos fueron los mismos: Estar atentos a la llegada del tren para "colarnos".

Hablé con José Omar y planeamos que cuando llegara, nos subiríamos y estaríamos pendientes del tiquetero para entrarnos al baño donde nos quedaríamos mientras éste pasara, y afortunadamente sucedió todo como lo habíamos

pensado, llegando a las cinco y treinta de la tarde a Palmira, con mucha hambre pero también con la alegría de estar por fin en nuestra ciudad; ya en casa, contamos todos los acontecimientos del día.

Durante otras vacaciones llegué a El Darién, esa vez con el deseo de trabajar, recomendándome Omar en la oficina de Trans-Calima donde debía controlar la salida de los pasajeros que viajaban hacia Cali y Buga. A las 5 de la mañana debía despachar el primer turno, permaneciendo en esa labor hasta el medio día.

El trabajo consistía en verificar que cada persona portara su correspondiente tiquete, labor ésta que en ocasiones se me hacía muy difícil al coincidir varias rutas para despachar al mismo tiempo hacia: Cali, Jiguales, La Cecilia y Buga, haciéndose más dispendioso el hecho de que algunas personas viajaban sin su tiquetes, situación que expuse al administrador, manifestándole que me era muy difícil despachar tres buses al mismo tiempo y de esa manera contrató a otro muchacho para que me ayudara con quien hice muy buena amistad, reconocido por todos como "el gordo" (mencionado anteriormente), por su protuberante estómago.

Despachados los buses y hecho el aseo de la oficina podía ir a la casa por ratos, o a jugar al parque principal situado al frente de la oficina, o simplemente me quedaba conversando o jugando parqués o dominó.

Con el salario producto de ese trabajo pude comprar ropa y un balón de fútbol con el que jugamos en muchas ocasiones en el "Estadio", que por ese entonces era una cancha en tierra amarilla y escasa de pasto, aunque ya contaba con graderías y la mayor parte encerrado, pero sin puertas, permitiendo la entrada a cualquier hora. Hoy sí es un verdadero Estadio Municipal, contando con las comodidades necesarias para las diferentes competencias.

Otro grato recuerdo que tengo de El Darién, es cuando con Edilia y los sobrinos visitábamos la finca de doña Alicia, dueña de la casa que habitaban Omar y su familia. Emprendíamos una larga caminata llevando líquidos, pan y galletas para consumir en el trayecto de aproximadamente dos horas, divirtiéndonos con los bellos paisajes que circundaban el Lago Calima.

Por ese entonces no existían las grandes mansiones veraniegas de hoy, todo era muy sencillo y no se vislumbraba el progreso que tendría en un futuro ese sector.

Próximos a llegar, se divisaba en la cima de una gran colina la gran casa rodeada de amplios corredores de cuyo alero colgaban lindos helechos. Al desviarnos de la carretera, luego de ascender un corto trayecto, llegábamos a la casa donde doña Alicia nos esperaba y nos atendía de la mejor manera. Después de permanecer el resto del día gozando de la hermosa vista que ofrecía el paisaje, la inmensidad del Lago y su entorno, la variedad de pájaros y gaviotas que sobrevolaban desafiando las corrientes de aire, lanchas, canoas y veleros que se desplazaban

por el lago, los pescadores que lanzaban sus anzuelos y redes en busca de la recompensa a su paciencia y perseverancia, nos dispusimos a entrar a la casa para degustar un exquisito sancocho de gallina cocido en fogón de leña. Caída la tarde y un poco cansados regresamos al pueblo, pensando sólo en acostarnos y dormir plácidamente para al siguiente día continuar con nuestra grata cotidianidad.

Años más tarde ya en mi adolescencia volvería a ese pueblo como integrante del grupo de danzas y del Coro de la Institución Laura Vergara de Palmira, invitados por la Comunidad de Religiosas "Hijas de la Sabiduría", quienes hacían una gran labor social en Calima El Darién. La presentación del grupo se realizó en el Teatro totalmente lleno con el deseo de ver al gran ídolo de la canción popular, de las baladas, del bolero y de la música tropical que tanto se escuchó y nos alegró los diciembre: Rodolfo Aicardi. Desde muy joven aprendí a conocer la música de Rodolfo, agradándome su estilo único y sus sentidas canciones, artista del que conservo un grato recuerdo en una de sus presentaciones en el Coliseo Cubierto de Palmira, compartiendo escenario con otro artista de mis afectos: El Caballero Gaucho; en esa oportunidad aprovechando la compañía del periodista Esaú López Bermúdez pudimos entrevistar a Rodolfo Aicardi, conociendo así un poco de su vida personal, aunque lamentablemente por falta de una cámara no pude registrar fotográficamente ese momento para mí tan importante, conservando eso sí, el casette con dicha entrevista.

En cuanto a nuestra presentación con el grupo de danzas la consideramos todo un éxito, como también la acertada

participación del Coro con su amplio repertorio de música colombiana magistralmente acompañado y dirigido por el Maestro Jesús María Valencia Lemus y su piano a quien agradeceré perennemente por dedicar durante largos años su tiempo, logrando ubicar nuestro coro de voces infantiles en diferentes escenarios tanto de la ciudad como de Municipios aledaños, siendo reconocido en el ámbito coral como uno de los más destacados dentro de la ciudad de Palmira. Al llegar a mi mente los instantes con el Coro, éstos me permiten evocar también a mis amigos de infancia y adolescencia con los que compartí lindos años de convivencia en la Casa de la Viuda de Palmira, tales como: Floralba, Soraya, Darío, Enrique, Gilberto y Orlando Giraldo Arredondo, Bertha Mercedes y Piedad Leonor Bueno Espinosa, Gloria Helena, Carlos Arturo, Martha y Santiago Herrera Orrego, Alberto, Berenice, Celmira y Aleyda Ordóñez Peñaloza, Henry Martínez, Elsy Restrepo, Lucero Chamorro, Javier Erazo, Álvaro, Carmenza y Patricia Aparicio Prada, Nohemí, César y Yolanda Hurtado Hurtado, Martha Líder, Joaquín Alfredo y Nancy Rendón, Martha, Marina y Fanny Yepes, José Jesús, Heriberto, Efraín y Aida Arango Velásquez, la familia Candamil Oliveros entre otros grandes amigos, y cómo no mencionar a las siempre apreciadas hermanas: Inés de Jesús Piñeros, Susana de Cristo y Rosa Adela, religiosas que nos guiaron en la formación personal durante nuestra infancia y primera adolescencia mientras vivimos en aquella Institución, convivencia que considero un gran privilegio para mi vida, vivencias que si Dios lo permite, en un próximo libro, al igual que con éste, me deleitaré narrándolas, consideradas por mí como sagradas.

Mientras tanto permítame amable lector evocar la memoria de una gran mujer, Doña Laura Vergara Crespo, a la que debo tanto por haber proporcionado a mi existencia una sana niñez y adolescencia en mi transcurrir.

La Casa de la Viuda bien puede ser considerada como un templo de fraternal convivencia, de entrega y servicio a la comunidad.



Amigos de la infancia acompañados de la Hermana Susana y Doña Laura

Hoy afortunadamente esta Institución sigue inmersa en su labor de servir, la que esperamos continúe por siempre en su loable empeño de albergar a otras familias que como la mía, encontró un hogar de enseñanza, orientación, proporcionándonos un motivo de esperanza para continuar la vida con fe y optimismo,



"Dios la tenga en su gloria querida doña Laura Vergara Crespo"

EPÍLOGO

Es mi deseo con estas letras hacer un sincero homenaje a mis abuelos, a mis padres y a mis tíos, quienes nos reservaron lo mejor de sus existencias, permitiéndonos tantas vivencias a su lado quedado registradas en cada uno de nosotros por lo que hoy nos sentimos orgullosos al haberles tenido cerca en aquella linda época, recibiendo de ellos su legado de amor al trabajo, honestidad y las buenas costumbres que permanecerán siempre en nuestras vidas.

Agradezco a Dios, al permitirme impregnar en estas líneas algunos episodios de mi vida, los que considero un privilegio, y el haberme prestado a estos seres queridos para compartir con ellos la esencia de la vida recibiendo su cariño y ternura que llenaron mis días de placidez en mi privilegiada e inolvidable infancia esparcida en vivencias sanas y gratas para mis recuerdos, aunque con limitaciones económicas, pero, eso sí, muy rica en experiencias.

Mi reconocimiento grato y sincero a mi esposa Alejandra y a mi hija Laura Alejandra, por el apoyo e interés para que las anécdotas que frecuentemente les he narrado quedasen plasmadas en estas letras.

Al Escritor, Poeta y Periodista Esaú López Bermúdez, mi eterno agradecimiento por su amistad y valioso apoyo al impulsarme para llevar adelante este proyecto asesorándome en la revisión, redacción y corrección de estas páginas nacidas a través de los recuerdos.

Igualmente dedico este trabajo a mis hermanos que compartieron conmigo las vivencias narradas y disfrutaron como yo la ternura de los abuelos y de mamá, con mi sincero deseo de que al leer estas líneas revivan en cada una de ellas ese pasado, por encima de todo, siempre tan grato a nuestros sentimientos.

A mis primos quienes también supieron de la generosidad de los abuelos y que igualmente dejaron sus vivencias esparcidas en "Campo Alegre," sitio que nos unió en nuestra infancia y hoy con estas remembranzas, muy seguramente nos unirá en un mismo sentimiento de gratitud, cariño y de nostalgia al evocar a los que partieron, pero que viven en nuestras memorias.

A mis sobrinos orgullosamente entrego estos relatos como un recuerdo de sus ancestros para que en ellos vean reflejados a sus abuelos y bisabuelos, quienes proyectaron una generación a través del tiempo, cimentada en las sanas costumbres que como legado, servirán de norte a las nuevas generaciones honrando por siempre sus sabias memorias.

Gustavo Carmona González

Palmira, Diciembre 21 de 2009
MIS 50 AÑOS

Caminos de mi Infancia

Caminos polvorientos,
Empedrados y musgosos
Que se pierden lentamente
A través de los recuerdos.
Caminos que abrigaron trasegares de ilusiones
En gratos días que se fueron con el tiempo.

En ti, "Caminos de mi Infancia,"
Se esparcen alegremente
Los paseos mañaneros
Entre trinos y alboradas.
Tú plasmas nostálgicamente
Remembranzas de lo míos
Que partieron, como la brisa del rocío
Al despuntar la mañana.
Alegremente tú reflejas
El verdor de los paisajes
Iluminando la esperanza,
Que en mi corazón radiante
Renace día tras día.

Hoy sumido en los recuerdos
De los días que se fueron
Conservo la esperanza de que en ti
"Caminos de mi Infancia,"
Perdure el cariño de la abuela,
El amor y la ternura de mamá
Esparciéndose por siempre
En el "Campo Alegre" de mis felices días.

Gustavo Carmona González

